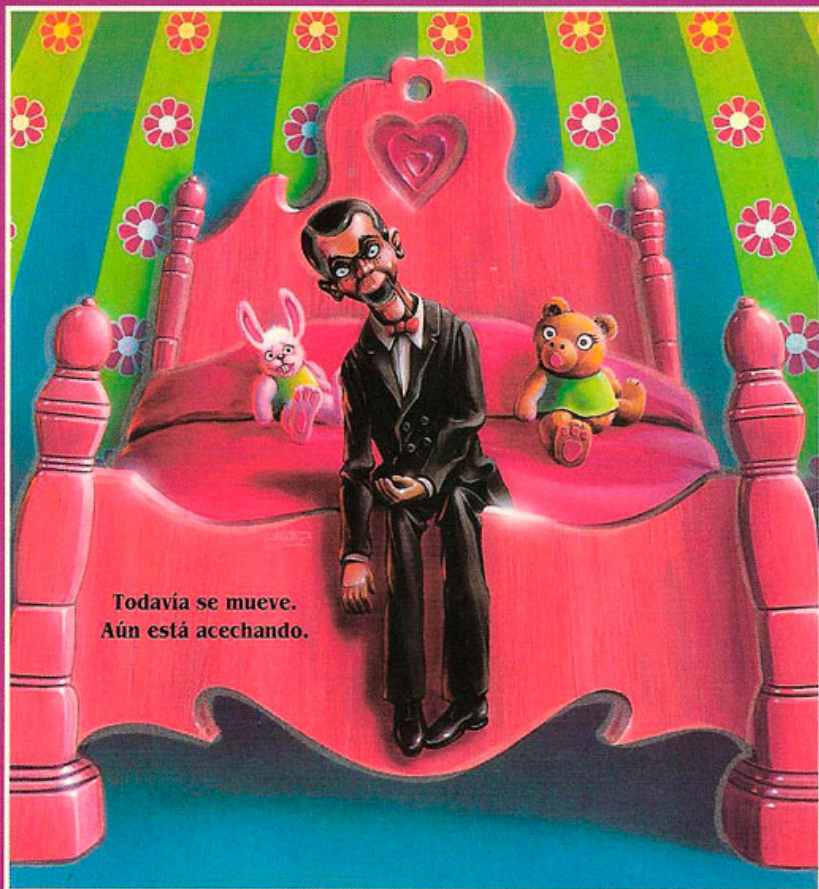


R. L. STINE

pesadillas

La noche del muñeco viviente II



Todavía se mueve.
Aún está acechando.

de

Dennis, el muñeco ventrílocuo de Amy, está perdiendo la cabeza, cada día está peor. Entonces Amy pide uno nuevo. Su padre se pone a buscar y encuentra, por fin, a Slappy en una casa de empeños. Es bastante feo, pero Amy se lo pasa muy bien ensayando con él su número de ventriloquia. A partir de ese momento empeizan a pasar cosas raras, horribles, cosas espantosas. Ocurre lo mismo que había sucedido la primera vez. En Slappy hay algo extraño, algo diabólico...



R. L. Stine

La noche del muñeco viviente II

Pesadillas — 29

ePub r1.0

javinintendero 04.10.13

Título original: *Goosebumps #31: Night of the living dummy II*

R. L. Stine, 1995

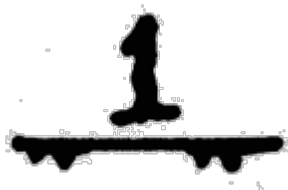
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Me llamo Amy Kramer, y todos los jueves al caer la tarde me siento un poco ridícula porque en mi casa es la Noche de Compartir con la Familia. A Sara y Jed también les parece una tontería, pero mis padres no hacen ningún caso de nuestras quejas.

—Es el día más importante de la semana —dice mi padre.

—Es una tradición familiar —añade mi madre—. Algo que recordaréis toda la vida.

En eso lleva toda la razón. Siempre recordaremos el aburrimiento y la vergüenza que pasamos.

Probablemente habréis adivinado que cada jueves por la noche, todos los miembros de la familia Kramer tenemos que compartir algo con los demás, menos George, nuestro gato.

Para mi hermana Sara, la cosa no es tan horrible. Sara tiene catorce años —dos más que yo— y es un genio pintando. No exagero. Una vez eligieron un cuadro suyo para una exposición en el museo de arte de la ciudad. El año que viene ingresará en un instituto especial de Bellas Artes, así que siempre comparte los bocetos en los que está trabajando, o algún cuadro nuevo.

Mi hermano Jed tampoco lo pasa tan mal en la Noche de Compartir. Tiene diez años y es tonto perdido. Le da igual lo que comparta. Una noche soltó un eructo fortísimo y explicó que estaba compartiendo su cena, y por si fuera poco se echó a reír como un loco. Claro que a mis padres no les hizo ninguna gracia y le soltaron un sermón de aúpa para que se tomara más en serio la Noche de Compartir con la Familia.

El jueves siguiente, el muy cotilla compartió una nota que me había escrito David Miller, un chico de mi colegio. Una nota muy personal. Jed la encontró en mi habitación y decidió compartirla con todo el mundo. ¡Yo me quería morir!

Jed se cree tan encantador y adorable que siempre piensa que puede salirse con la suya.

Se considera muy especial, supongo que porque es el único pelirrojo de la familia. Sara y yo tenemos el pelo lacio negro, los ojos verdes y la piel morena. Jed, con su piel blanca, sus pecas y su pelo rizado y rojizo, no parece hermano nuestro. A veces a Sara y a mí nos gustaría que no lo fuera, desde luego.

Pero en fin, el caso es que la que peor lo pasa la Noche de Compartir con la Familia soy yo, porque como no tengo ninguna habilidad especial como Sara, ni soy tonta de remate como Jed. Nunca sé qué compartir.

Bueno, tengo una colección de conchas en un jarrón encima de mi cómoda, pero es bastante aburrido irlas enseñando y hablando de ellas. Además, hace casi dos años que no vamos a la playa, así que las conchas son bastante viejas y todo el mundo las ha visto ya.

También tengo una buena colección de CDs, pero a nadie más de la familia le gusta Bob Marley y la música reggae. Si me pusiera a compartir con ellos mi música, se taparían los oídos y se estarían quejando hasta que quitara el disco.

Así que normalmente me invento alguna historia: una aventura de una niña que sobrevive a un peligro tras otro, o un cuento de hadas sobre una hermosa princesa que se convierte en tigre.

Cuando conté mi última historia, mi padre sonreía de oreja a oreja.

—Amy va a ser una escritora famosísima —anunció—. Se le da muy bien inventar historias. —Miró en torno a la sala de estar sin dejar de sonreír—. ¡En esta familia hay mucho talento! —exclamó.

Pero yo sé que lo decía para animarme, porque es un buen padre. La única que tiene talento en la familia es Sara, y eso todos lo sabemos.

Esa noche, el primero en compartir fue Jed. Mis padres ya se habían sentado en el sofá de la sala. Papá se estaba limpiando las gafas con un pañuelo de papel. No soporta ni una mota de polvo en

los cristales, y se los limpia unas veinte veces al día. Yo estaba en el sillón junto a la pared, y Sara se había sentado con las piernas cruzadas en la alfombra, a mi lado.

—¿Qué vas a compartir esta noche, Jed? —preguntó mi madre—. Espero que no sea un eructo.

—¡Qué asco! —gruñó Sara.

—¡Tu cara sí que da asco! —le soltó Jed, sacándole la lengua.

—Jed, por favor, a ver si te comportas esta noche —murmuró mi padre mientras se ponía otra vez las gafas—. No quiero discusiones.

—Ha empezado ella —dijo Jed, señalando a Sara.

—Comparte algo de una vez y calla —le corté yo.

—Voy a compartir tus pecas —dijo Sara—. Te las voy a arrancar una a una para que se las coma George.

Sara y yo nos echamos a reír. George ni siquiera levantó la vista. Estaba acurrucado en la alfombra, al lado del sillón.

—Esto no tiene gracia, niñas —saltó mamá—. No os metáis con vuestro hermano.

—Ésta es una noche familiar —se quejó mi padre—. ¿Por qué no podemos ser una familia aunque sólo sea el jueves?

—¡Pero si lo somos! —exclamó Jed.

Mi padre movió la cabeza y frunció el ceño. Cuando pone una cara así parece un búho.

—Jed, ¿vas a compartir algo? —preguntó débilmente.

—Sí.

Jed se puso en el centro de la sala y se metió las manos en los bolsillos de los tejanos. Siempre lleva unos tejanos enormes, unas diez tallas más grandes que la suya, y parece que se le vayan a caer. Jed se cree que va muy a la moda.

—Pues... he aprendido a silbar con los dedos —anunció.

—¡Qué bien! —exclamó Sara con sarcasmo.

Jed se sacó las manos de los bolsillos sin hacer caso, se metió dos dedos en la boca y lanzó un largo y agudo silbido. Silbó dos veces más y luego hizo una reverencia. Toda la familia estalló en aplausos. Jed sonrió y saludó de nuevo.

—¡Una familia con mucho talento! —insistió mi padre, aunque esta vez lo decía en broma.

Jed se dejó caer al lado de George, y el pobre gato se llevó un

susto de muerte.

—Ahora te toca a ti, Amy —me dijo mi madre—. ¿Nos vas a contar otra historia?

—¡Las historias son demasiado largas! —se quejó Jed.

George se apartó un poco de él y se tumbó bostezando junto a los pies de mamá.

—No, esta noche no voy a contar nada —anuncié mientras sacaba a Dennis de detrás del sillón. Sara y Jed soltaron un gemido—. ¡Eh, dejadme en paz! —les grité. Me senté al borde del sillón y me puse al muñeco en el regazo—. Esta noche hablaré con Dennis —les dije a mis padres.

Los dos se esforzaron en sonreír, pero yo pasé mucho. Llevaba toda la semana practicando con Dennis y quería probar mi nuevo diálogo cómico.

—Amy es una ventrílocua muy mala —se quejó Jed—. Se le ve mover los labios.

—Calla, Jed. A mí Dennis me parece muy gracioso —intervino Sara, acercándose rápidamente al sillón para ver mejor.

Me acomodé a Dennis en la rodilla izquierda y cogí con los dedos el cordel que tenía en la espalda para manejar la boca. Dennis es un muñeco de ventrílocuo, muy viejo. Se le ha despintado un poco la cara, tiene un ojo casi completamente blanco y su jersey de cuello alto está hecho harapos, pero yo me lo paso estupendamente con él. Cuando vienen de visita mis primos, que tienen cinco años, los entretengo con Dennis y ellos se mueren de risa. Están encantados conmigo.

Además creo que estoy mejorando con el muñeco, aunque Jed no opine lo mismo.

En fin, respiré hondo, miré a mis padres y empecé mi número.

—¿Cómo estás esta noche, Dennis? —pregunté.

—No muy bien —le hice contestar al muñeco con voz chillona.

—¿Ah, no? ¿Y qué te pasa?

—Creo que he cogido bichos.

—¿Bichos? ¿Quieres decir microbios?

—No. ¡Termitas!

Mis padres se echaron a reír. Sara sonrió, y Jed soltó un gruñido. Me volví hacia Dennis.

—¿Y has ido al médico?

—No, al carpintero.

Mis padres sonrieron, aunque sin llegar a reírse. Jed soltó otro gruñido, y Sara se metió los dedos en la boca como si quisiera vomitar.

—Ese chiste no le ha gustado a nadie, Dennis —dije.

—¿Qué chiste? —replicó el muñeco.

—Es malísimo —oí que susurraba Jed a Sara. Ella asintió con la cabeza.

—Vamos a cambiar de tema, Dennis. —Me puse al muñeco en la otra rodilla—. ¿Tienes novia?

Incliné a Dennis hacia delante, como si asintiera con la cabeza, pero se le cayó de los hombros y salió rodando hasta donde estaba George. El gato se levantó de un brinco y salió disparado.

Sara y Jed chocaron los cinco, muertos de risa. Yo me levanté enfadada.

—¡Papá! ¡Me prometiste que me comprarías un muñeco nuevo!

Jed se arrastró por la alfombra, cogió la cabeza de Dennis y tiró del cordel que le movía la boca.

—¡Amy es un desastre! ¡Amy es un desastre! —le hizo repetir una y otra vez.

—¡Dámela! —Le arrebaté la cabeza de las manos.

—¡Amy es un desastre! ¡Amy es un desastre! —seguía entonando él.

—¡Ya está bien! —gritó mamá, levantándose también.

Jed se pegó a la pared.

—He estado buscando un muñeco nuevo —me contó mi padre, quitándose otra vez las gafas para examinarlas de cerca—. Pero son muy caros.

—¿Cómo quieres que mejore? —pregunté—. ¡Cada vez que cojo a Dennis se le cae la cabeza!

—Esfuézate —replicó mi madre.

Siempre que me lo decía me ponía negra.

—En lugar de la Noche de Compartir con la Familia deberíamos llamarlo la Noche de Pelear con la Familia —declaró Sara.

Jed levantó los puños.

—¿Quieres pelea? —le preguntó a Sara.

—Te toca a ti, Sara —dijo mi madre, mirando a Jed con los ojos entornados—. ¿Qué vas a compartir esta noche?

—Tengo un dibujo nuevo —anunció mi hermana—. Es una acuarela.

—¿Qué has pintado? —preguntó mi padre, poniéndose las gafas de nuevo.

—¿Recordáis la casita que tuvimos en Maine hace unos veranos? —dijo Sara, echándose el pelo hacia atrás—. ¿Os acordáis que estaba sobre un oscuro acantilado? He encontrado una foto de ella y la he pintado.

Confieso que estaba celosa de Sara y que me enfadé. Es verdad, ella iba a compartir una preciosa acuarela y yo me había quedado allí dándole vueltas a una maldita cabeza de muñeco. ¡No era justo!

—Tendréis que venir a verlo a mi habitación —dijo Sara—. Todavía está húmeda.

Nos levantamos y fuimos todos en tropel al cuarto de Sara. Mi familia vive en una casa grande de un solo piso, estilo rancho. Mi habitación y la de Jed están al final de un pasillo. La sala de estar, el comedor y la cocina se encuentran en medio, y la habitación de Sara y la de mis padres están en el otro extremo.

Yo iba en cabeza por el pasillo. Sara, detrás de mí, no hacía más que hablar de todos los problemas que había tenido con la acuarela y de lo bien que los había resuelto.

—Me acuerdo muy bien de aquella casita de veraneo —comentó papá.

—Estoy impaciente por ver la acuarela —dijo mamá.

Entré en la habitación de Sara y encendí la luz. Luego me volví hacia el caballete que había junto a la ventana... ¡Y lancé un grito de horror!

2

Me quedé con la boca abierta, mirando la acuarela sin poder pronunciar palabra. Al verla, Sara pegó un chillido.

—¡No... no puedo creerlo! —exclamó—. ¿Quién ha hecho eso?

Alguien había pintado una sonriente cara amarilla y negra en la esquina de la acuarela, justo en medio del acantilado negro.

Mis padres se acercaron con expresión preocupada.

Miraron la cara pintada y se volvieron hacia Jed. Mi hermano se echó a reír.

—¿Os gusta? —preguntó haciéndose el gracioso.

—¡Jed! ¡Cómo has podido...! —explotó Sara—. ¡Me las pagarás!

—La pintura estaba demasiado oscura —explicó Jed, encogiéndose de hombros—. Sólo quería animarlo un poco.

—Pero... pero... pero —dijo mi hermana balbuceando. Sacudió los puños delante de la cara de Jed y soltó un rugido de rabia.

—Jed, ¿qué hacías en la habitación de Sara? —preguntó mi madre.

A Sara no le gusta que nadie entre en su precioso cuarto sin una invitación por escrito.

—Sabes perfectamente que tienes prohibido tocar las pinturas de tu hermana —le reprendió mi padre.

—Yo también sé pintar —replicó Jed—. Soy muy buen pintor.

—¡Pues haz tus propios cuadros y no te metas aquí a escondidas a estropear los míos! —le soltó Sara.

—No me he metido a escondidas —le dijo Jed, haciendo una mueca—. Sólo quería ayudar.

—¡Pues no me has ayudado! —chilló Sara furiosa, echándose el pelo hacia atrás—. ¡Me has estropeado el cuadro!

—Tus cuadros son una porquería —replicó Jed.

—¡Ya está bien! —gritó mi madre. Cogió a Jed por los hombros—. Jed, mírame. Me parece que no te das cuenta de lo que has hecho. Es lo peor que se te hubiera podido ocurrir.

La sonrisa de mi hermano se desvaneció por fin. Yo miré aquella cara tan fea que había pintado en la acuarela de Sara. Como es el pequeño de la familia, Jed se cree que siempre se puede salir con la suya, pero yo sabía que esta vez se había pasado de rosca. Al fin y al cabo Sara es la estrella de la familia, la que tiene talento, la que tiene un cuadro colgado en un museo. Estropear la acuarela de Sara había sido un auténtico error por parte de Jed.

Sara se toma muy en serio su pintura. Alguna vez a mí también se me había ocurrido pintar algo gracioso en alguno de sus cuadros, pero sólo lo había pensado. Yo nunca haría una cosa tan horrible.

—No tienes por qué estar celoso del trabajo de tu hermana —le estaba diciendo papá—. En esta familia todos tenemos talento.

—Sí, ya —masculló Jed. En lugar de pedir perdón, mi hermano tiene la extraña costumbre de enfadarse cada vez que se mete en líos—. ¿Y cuál es el tuyo, papá? —preguntó.

Mi padre tensó las mandíbulas y entornó los ojos.

—No estamos hablando de mí —replicó con voz grave—, pero te lo voy a decir: lo mío es la comida china. Hay muchos tipos de talento, ¿sabes, Jed?

Mi padre se considera un maestro de la cocina china. Una o dos veces a la semana se dedica a trocear un montón de verduras y las fríe en el wok eléctrico que mamá le regaló para Navidad. Todos hacemos como que está muy bueno para no herirle.

—¿Vais a castigar a Jed o no? —preguntó Sara con voz chillona.

Había abierto su caja de acuarelas y estaba mojando un pincel en el color negro. Luego se puso a dar rápidas y furiosas pinceladas sobre la cara sonriente.

—Sí, lo vamos a castigar —dijo mi madre, mirando enfadada a Jed. Mi hermano bajó la vista—. Primero pídele perdón a Sara.

Todos nos quedamos esperando. Jed tardó un rato, pero por fin consiguió murmurar:

—Lo siento, Sara.

Fue a salir de la habitación, pero mi madre lo cogió por los hombros para detenerlo.

—No tan deprisa, Jed. El castigo es que el sábado no irás al cine con Josh y Matt. Y nada de videojuegos durante una semana.

—¡Mamá, por favor! —gimió Jed.

—Lo que has hecho está muy mal —prosiguió mi madre muy seria—. A lo mejor con el castigo te des cuenta.

—¡Pero tengo que ir al cine! —protestó Jed.

—De eso nada. Y como sigas quejándote te aumentaré el castigo. Ahora vete a tu cuarto.

—A mí no me parece suficiente castigo —dijo Sara mientras seguía dándole retoques a la acuarela.

—Tú no te metas, Sara —le cortó mamá.

—Sí, no te metas —murmuró Jed, antes de salir de la habitación a grandes zancadas.

Mi padre se pasó la mano por la calva.

—Se acabó la Noche de Compartir con la Familia —dijo tristemente.

Yo me quedé un rato a ver cómo Sara arreglaba el dibujo. Mi hermana no hacía más que chasquear la lengua y mover la cabeza.

—Tengo que hacer las rocas mucho más oscuras para poder tapar esa maldita cara —comentó enfadada—. Pero si oscurezco las rocas tendré que cambiar el cielo. Se ha estropeado todo el equilibrio.

—Pues a mí me parece que queda realmente bien —le dije para animarla.

—¿Cómo ha podido hacerme esto Jed? —me preguntó mientras metía el pincel en el agua—. ¿Cómo ha podido meterse aquí y destruir una obra de arte?

Hasta entonces había sentido pena por ella, pero aquel comentario no me gustó. ¿Por qué tenía que llamarlo «obra de arte»? ¿Por qué no podía haber dicho «acuarela»? A veces presume tanto que me pone enferma.

Di media vuelta y me marché a mi habitación. Ella no se dio ni cuenta. Llamé a mi amiga Margo. Estuvimos charlando un rato y quedamos en vernos al día siguiente. Mientras hablaba por teléfono

oía a Jed en su habitación. Estaba haciendo un estruendo tremendo, caminando de un lado a otro y tirando cosas. Es un chiquillo.

El padre de Margo la obligó a colgar. Es muy estricto y nunca la deja hablar más de diez o quince minutos. Entonces me fui a la cocina a prepararme unos cereales, mi comida favorita después de cenar. Cuando era pequeña me comía todas las noches un cuenco de cereales antes de irme a la cama, y nunca he abandonado esa costumbre.

Al cabo de un rato me despedí de mis padres y me fui a la cama. Era una cálida noche de primavera. Una suave brisa agitaba las cortinas, y la pálida luz de la luna entraba por la ventana y se derramaba en el suelo.

Me quedé frita en cuanto toqué la almohada. Poco después me despertó algo, no sé muy bien qué. Parpadeé medio dormida, intentando enfocar la vista. Las cortinas aleteaban. Me parecía estar soñando, pero lo que vi en la ventana me espabiló enseguida.

Las cortinas se hincharon y se abrieron, y bajo la luz plateada vi una cara. Una cara fea y sonriente que me miraba fijamente en la oscuridad.

3

Las cortinas se agitaron de nuevo, pero la cara no se movió.

—¿Quién...? —dije con voz asustada, tapándome hasta la barbilla.

Los ojos me miraban fijamente, fríos, sin pestañear. Eran unos ojos de muñeco.

Dennis.

Dennis me miraba sin expresión alguna. Su ojo blanco reflejaba el resplandor de la luna. Lancé un rugido de rabia, aparté de golpe las mantas y salí disparada hacia la ventana. Abrí las cortinas y cogí la cabeza de Dennis, que estaba en la repisa.

—¿Quién te ha puesto aquí? —pregunté—. ¿Quién ha sido, Dennis?

En ese momento oí unas risas apagadas a mi espalda. Venían del pasillo. Crucé corriendo la habitación, con la cabeza de madera en la mano, y abrí la puerta de golpe. Y allí estaba Jed, tapándose la boca con la mano.

—¡Has picado! —exclamó la mar de contento.

—¡Eres un bobo! —exclamé.

Tiré la cabeza al suelo. Agarré los pantalones del pijama de Jed con las dos manos y di un tirón hacia arriba con todas mis fuerzas. ¡Se los puse casi de bufanda! Jed resopló de dolor y retrocedió, tambaleándose hasta la pared.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté furiosa—. ¿Por qué has puesto la cabeza del muñeco en la ventana?

Jed se colocó bien los pantalones.

—Para vengarme.

—¿De mí? —chillé—. Yo no te he hecho nada. ¿Qué te he hecho yo?

—No te pusiste de mi lado —gruñó él, rascándose la cabeza y mirándome enfadado—. No me defendiste con lo de la acuarela de Sara.

—¿Pero qué dices? —exclamé—. ¿Cómo te iba a defender? ¿Qué hubiera podido decir?

—Podías haber dicho que tampoco era nada del otro mundo.

—¡Pues sí que lo era! Ya sabes que Sara se toma su pintura muy en serio. —Moví la cabeza—. Lo siento, Jed, pero el castigo te lo tienes bien merecido.

Él me miró en la penumbra, pensando en lo que le había dicho. Entonces una malvada sonrisa asomó a su rostro pecoso.

—Espero no haberte asustado demasiado, Amy. —Soltó una risita, recogió del suelo la cabeza de Dennis y me la tiró.

Yo la cogí con una mano.

—Vete a dormir, Jed. ¡Y no vuelvas a tocar a Dennis!

Regresé a mi cuarto y tiré la cabeza de Dennis sobre el montón de ropa que había en mi silla. Luego me metí en la cama.

«Menudo jaleo se ha armado esta noche», pensé, cerrando los ojos e intentando tranquilizarme.

Dos días más tarde papá me trajo un regalo. Era un nuevo muñeco de ventrílocuo.

Y entonces empezaron los problemas de verdad.

4

Al día siguiente vino Margo a casa. Margo es diminuta, una auténtica miniatura, pero es muy guapa. Tiene la cara pequeñita, con unos brillantes ojos azules, los rasgos muy delicados y el pelo rubio y fino. Este año se lo ha dejado crecer y ya le llega hasta la cintura. Mi amiga es casi treinta centímetros más baja que yo, a pesar de que las dos cumpliremos doce años en febrero. Es muy lista y muy popular, aunque a los chicos les gusta burlarse de su vocecilla suave y susurrante.

Esa tarde llevaba una camiseta azul sin mangas y unos pantalones cortos blancos.

—He comprado la nueva recopilación de los Beatles —me dijo nada más entrar, enseñándome un CD.

A Margo le encantan los Beatles. Es la única música que escucha. Tiene en su habitación todo un estante lleno de CDs y cintas de los Beatles. Las paredes están llenas de pósters de los Beatles, por supuesto.

Fuimos a mi cuarto a poner el nuevo CD. Margo se sentó en la cama y yo me eché en la alfombra.

—Mi padre casi no me deja venir —me contó, echándose la melena a la espalda—. Decía que a lo mejor me necesitaba en el restaurante.

El padre de Margo tiene un restaurante enorme en el centro llamado La Casa de Fiestas, aunque en realidad no es un restaurante sino una casa vieja y grande llena de habitaciones gigantescas donde la gente puede dar fiestas. Muchos niños celebran allí sus

cumpleaños, y también confirmaciones y recepciones de boda. A veces hay hasta seis fiestas a la vez.

En ese momento terminó una canción de los Beatles y empezó a sonar *Love Me Do*.

—¡Ésta me encanta! —exclamó Margo. Se puso a cantarla y yo intenté cantar también, pero la verdad es que desafino que da gusto. Como dice mi padre, tengo un oído enfrente del otro.

—Bueno, me alegro de que no hayas tenido que trabajar hoy —dije.

—Yo también —suspiró ella—. Papá siempre me obliga a hacer los peores trabajos: limpiar las mesas, quitar los platos o atar las bolsas de basura. ¡Aj!

Se puso a cantar otra vez, pero de pronto se interrumpió y se incorporó en la cama.

—Oye, casi se me olvida. A lo mejor mi padre te da trabajo.

—¿Trabajo de atar bolsas de basura? Ni hablar.

—No, no. Escucha —me dijo Margo muy exaltada—. Es un buen trabajo. Mi padre va a tener que organizar varios cumpleaños de niños pequeños, de dos años a cuatro años más o menos, y se le ha ocurrido que tú podrías entretenerlos.

—¿Cómo? —Me la quedé mirando sin entender nada—. ¿Quieres decir cantando?

—No, con Dennis —explicó Margo, retorciéndose un mechón de pelo con los dedos y moviendo la cabeza al ritmo de la música mientras hablaba—. Mi padre te vio actuar con Dennis en la fiesta de sexto curso y se quedó muy impresionado.

—¡Pero si estuve fatal!

—Bueno, pues a mi padre le gustó. El caso es que quiere que actúes con Dennis en los cumpleaños. A los niños les encantará. Mi padre dice que te pagará y todo.

—¡Qué guay! —Era una idea genial.

De pronto me acordé de una cosa. Me levanté de un brinco y me acerqué a la silla para coger la cabeza de Dennis.

—Sólo hay un pequeño problema —dije apenada.

Margo se soltó el pelo e hizo una mueca.

—¿Por qué le has arrancado la cabeza? —preguntó.

—No se la he arrancando. Se le cae cada vez que lo cojo.

—Ah. —Margo suspiró decepcionada—. La cabeza suelta da un poco de repelús. No creo que a los niños les guste verla salir rodando.

—No, ni a mí tampoco.

—Les podría dar miedo —prosiguió Margo—. Luego tendrían pesadillas. Podrían soñar que a ellos también se les cae la cabeza.

—Dennis está hecho polvo. Mi padre me ha prometido un muñeco nuevo, pero todavía no lo ha encontrado.

—Qué pena —dijo Margo—. Habría sido muy divertido actuar delante de los niños.

Nos quedamos un rato más oyendo a los Beatles y luego Margo se marchó a su casa. Pocos minutos después oí el ruido de la puerta.

—¡Amy! ¡Amy! ¿Estás en casa? —me llamó mi padre desde abajo.

—¡Ya voy!

Mi padre estaba en el vestíbulo, muy sonriente, con una caja grande bajo el brazo.

—Felicidades, aunque no sea tu cumpleaños —me dijo.

—¡Papá! ¿Es...? —Rompí el envoltorio para abrir la caja—. ¡Sí! ¡Un muñeco nuevo!

Lo saqué con mucho cuidado. Tenía el pelo castaño y ondulado pintado en la cabeza, y la cara un poco rara, tal vez un poco inquietante. Los ojos eran de un color azul brillante, no desvaídos como los de Dennis. Los labios, muy rojos, formaban una sonrisa un poco siniestra. El labio de abajo estaba algo descantillado y no encajaba muy bien con el de arriba.

El muñeco pareció mirarme fijamente con una chispa en los ojos y una sonrisa cada vez más ancha. De pronto sentí un escalofrío. ¿Se estaba riendo de mí?

Lo levanté para observarlo bien. Iba vestido con un traje gris cruzado y un cuello de camisa blanco, pero en vez de llevar camisa tenía el pecho pintado de blanco. Al final de sus finas piernas llevaba pegados unos zapatos de cuero.

—¡Papá, es genial! —exclamé.

—Lo compré en una casa de empeños —dijo mi padre mientras estrechaba la mano del muñeco—. ¿Cómo estás, Slappy?

—¿Se llama Slappy?

—Eso me dijo el dueño de la tienda —contestó mi padre. Levantó los brazos del muñeco para verle el traje—. No sé por qué lo vendía tan barato. Ha sido casi un regalo.

Yo le di la vuelta, buscando el cordón que le abría y cerraba la boca.

—Es muy bonito, papá. —Le di un beso en la mejilla—. Gracias.

—¿De verdad te gusta?

Slappy me sonrió y me miró con sus ojos azules, como si también esperara una respuesta.

—Sí. ¡Es precioso! Me encanta su mirada tan seria, y además tiene unos ojos que parecen de verdad.

—Se le mueven —dijo mi padre—. No están pintados como los de Dennis. No parpadean, pero se mueven a los lados.

Metí la mano en la espalda del muñeco.

—¿Cómo se le mueven los ojos? —pregunté.

—Mira, me lo enseñó el de la tienda. Primero coges el cordel que mueve la boca.

—Ya lo tengo —dije.

—Luego metes la mano en la cabeza del muñeco. Hay una palanquita, ¿la ves? Muévela. Los ojos se moverán en la misma dirección.

—A ver, lo voy a intentar.

Metí la mano en la espalda del muñeco y la fui subiendo hasta la cabeza. De pronto toqué algo blando y me paré en seco. Era algo blando y cálido.

¡El cerebro!

5

—¡Aj! —exclamé llena de asco, y aparté rápidamente la mano. Todavía sentía aquella cosa blanda en los dedos.

—¿Qué pasa, Amy? —preguntó mi padre.

—¡Sus... sus sesos! —exclamé. Se me había revuelto el estómago.

—¿Pero qué dices, Amy? —Mi padre me arrebató al muñeco, le dio la vuelta y le tocó la espalda.

Yo me tapé la boca con las manos. Cuando mi padre tocó el interior de la cabeza abrió mucho los ojos, sorprendido. Forcejeó con algo y por fin sacó la mano.

—¡Aj! ¿Qué es eso? —pregunté.

Mi padre miró la cosa fofa marrón, verde y morada que tenía en la mano.

—Alguien se dejó un sándwich ahí dentro —dijo con cara de asco—. Está podrido. ¡Debe de llevar meses ahí!

—¡Aj! —volví a exclamar, tapándome la nariz—. ¡Huele que apesta! ¿Para qué se iban a dejar ahí un sándwich?

—Ni idea. —Mi padre meneó la cabeza—. ¡Y parece que hasta tiene gusanos!

—¡Aaaaaaaj! —gritamos los dos a la vez.

Papá me dio a Slappy y salió corriendo a la cocina para quitarse de encima aquella cosa podrida. Oí cerrarse el cubo de la basura y luego correr el agua. Un instante después mi padre volvió secándose las manos con un trapo.

—Creo que es mejor que examinemos bien a Slappy —sugirió—, no vayamos a llevarnos más sorpresas.

Nos llevamos al muñeco a la cocina. Yo lo tumbé sobre el mostrador y mi padre le examinó los zapatos a conciencia. Estaban pegados a las piernas y no salían. Yo le puse el dedo en la barbilla y le moví la boca arriba y abajo. Luego, le examiné las manos de madera y después le desabroché el traje para ver la camisa pintada. La pintura estaba agrietada en algunos sitios, pero por lo demás estaba bien.

—Todo parece en orden, papá —informé.

Él asintió con la cabeza. Entonces se olió los dedos. Supongo que no se había quitado del todo el hedor del sándwich podrido.

—Será mejor que le rociemos el interior de la cabeza con desinfectante, perfume o algo por el estilo —dijo.

Me llamó la atención una cosa mientras le abrochaba la chaqueta. Era un papel amarillo que le salía del bolsillo. «Debe de ser la factura de venta», me dije. Pero al sacarlo vi que había escrito algo muy raro, unas palabras extrañas en un lenguaje que no había visto nunca. Me lo quedé mirando y leí muy despacio en voz alta:

—«Karru marri odonna loma molonu karrano.»

«¿Qué significará esto?», me pregunté. Miré a Slappy y vi que se le torcían los labios rojos y que me guiñaba lentamente un ojo.

6

—¡P-p-papá! —exclamé balbuceando—. ¡Se ha movido!

—¿Cómo? —Mi padre había vuelto de nuevo al fregadero para lavarse las manos por tercera vez—. ¿Qué pasa con el muñeco?

—¡Se ha movido! —repetí— ¡Me ha guiñado un ojo!

Mi padre se acercó al mostrador, secándose las manos.

—Amy, ya te he dicho que no puede parpadear. Los ojos sólo se le mueven de un lado a otro.

—¡No! —insistí—. Ha torcido los labios y me ha guiñado un ojo.

Mi padre frunció el ceño y cogió la cabeza de Slappy con las dos manos para examinarla.

—Bueno... puede que tenga los párpados sueltos —dijo—. Ya veré si puedo ajustárselos. A lo mejor con un destornillador...

Pero no terminó la frase, porque el muñeco alzó de pronto su mano de madera y le golpeó en la cabeza.

—¡Ay! —Papá dejó caer a Slappy y se tocó la mejilla—. ¡Me has hecho daño, Amy!

—¿Yo? —chillé—. ¡Yo no he sido!

Mi padre me miró ceñudo, frotándose la cara, que se le había puesto roja.

—¡Ha sido el muñeco! —insistí—. ¡Yo ni lo he tocado, papá! ¡No le he movido la mano!

—Esto no tiene ninguna gracia. Ya sabes que no me gustan estas bromas.

Abrí la boca para replicar pero no me salieron las palabras, y pensé que más valía callarse. Era lógico que mi padre no creyera

que el muñeco le había pegado. No me lo creía ni yo. Seguro que papá lo había cogido con mucha brusquedad para mirarle la cabeza, y del impulso le había sacudido la mano sin darse cuenta. ¿Qué otra explicación podía haber?

Le pedí perdón a mi padre. Luego lavamos la cara de Slappy con una esponja húmeda, lo limpiamos y le echamos desinfectante dentro de la cabeza. Empezaba a tener muy buen aspecto. Le di las gracias de nuevo a mi padre y fui corriendo a mi habitación. Dejé a Slappy en la silla, al lado de Dennis, y llamé a Margo.

—Tengo un muñeco nuevo —le dije muy emocionada—. Podré actuar en las fiestas de los niños, en el restaurante de tu padre.

—¡Qué guay, Amy! Ahora sólo necesitas preparar un número.

Tenía razón. Necesitaba chistes, muchos chistes.

Si quería actuar con Slappy delante de docenas de niños, necesitaba un número cómico largo.

Al día siguiente, después del colegio, fui corriendo a la biblioteca y saqué todos los libros de chistes que encontré. Una vez en casa me puse a estudiarlos y anoté todos los chistes que podía utilizar con Slappy.

Después de cenar, en vez de hacer los deberes me puse a ensayar con el muñeco. Me senté delante del espejo e intenté hablar claramente pero sin mover los labios, al tiempo que abría y cerraba la boca de Slappy para que pareciera que era él quien hablaba. Era muy difícil hacerle mover la boca y los ojos al mismo tiempo, pero al cabo de un rato le cogí el tranquillo.

Probé algunos chistes de teléfonos porque pensé que les gustarían a los niños.

—Ring ring.

—¿Diga? —le hice decir a Slappy.

—¿Está Consuelo? —pregunté.

—No, aquí no tenemos ni techo.

Ensayé los chistes una y otra vez mirándome al espejo. Quería llegar a ser una buena ventrílocua, quería ser excelente. Quería ser tan buena con Slappy como Sara con sus cuadros.

Estuve practicando algunos chistes sobre animales porque pensé que a los niños les harían gracia. Decidí que ensayaría el número la Noche de Compartir con la Familia. Papá se pondría muy contento

al ver lo mucho que estaba trabajando con Slappy. Por lo menos a éste no se le caía la cabeza.

Miré entonces a Dennis, que parecía muy triste, solo allí en la silla, hecho un guiñapo, con la cabeza ligeramente caída sobre los hombros. Pero volví a concentrarme en Slappy y en el espejo.

El jueves estaba deseando que termináramos de cenar para que diera comienzo la Noche de Compartir. Me moría de ganas de enseñar a la familia mi número con Slappy.

Esa noche teníamos espaguetis. A mí me encantan, pero Jed siempre me los hace aborrecer. ¡Es tan cochino! Se sienta enfrente de mí y se pasa la cena abriendo la boca para enseñarme los espaguetis a medio masticar, con toda la salsa chorreándole por la barbilla. Y luego se troncha de risa.

Esa noche nadie se dio cuenta de nada. Mis padres estaban escuchando a Sara, que presumía de buenas notas, para variar. Nos las iban a dar al día siguiente, y mi hermana estaba segura de que sacaría sobresaliente en todo.

Yo también estaba segura..., segura de que no sacaría muchos sobresalientes, claro. Ya me daría por satisfecha si conseguía aprobar las matemáticas. La verdad es que en los dos últimos exámenes me había ido fatal. Y probablemente en ciencias tampoco saldría muy bien parada. Tenía que haber construido un barómetro, pero me había salido mal y todavía no lo había entregado.

Terminé los espaguetis y rebañé la salsa del plato con un trozo de pan. Cuando alcé la vista, Jed se había metido dos zanahorias en la nariz.

—¡Mira, Amy, soy una morsa! —dijo sonriendo, y lanzó unos cuantos urk urk dando palmadas.

—¡Jed, ya está bien! —gritó mi madre—. Y sácate eso de la nariz —añadió con cara de asco.

—¡Oblígale a comérselas, mamá! —dije.

Jed me sacó la lengua. La tenía naranja, de la salsa de los espaguetis.

—¡Mira como estás! ¡Hecho un desastre! —le reprendió mamá—. Ve a lavarte ahora mismo. ¡Y date prisa! Límpiame toda la salsa de la cara.

Jed se levantó protestando y fue al cuarto de baño. Mi padre nos

miró sorprendido.

—¿Ha comido algo o se lo ha echado todo por encima? —preguntó. Papá también tenía la barbilla manchada de salsa, pero no dije absolutamente nada.

—Me habéis interrumpido —dijo Sara con impaciencia—. Os estaba contando lo del concurso estatal de arte. Yo he mandado la pintura de las flores.

—Ah, sí —dijo mi madre—. ¿Se sabe algo del fallo del jurado?

Yo no escuché la respuesta de Sara. Estaba pensando en lo malas que iban a ser mis notas. Tenía que dejar de darle vueltas al asunto.

—Esto... yo fregaré los platos —anuncié. Fui a levantarme, pero me frené en seco al ver una pequeña figura que entraba en la sala. ¡Un muñeco! ¡Mi muñeco!

¡Estaba atravesando la estancia!

7

Lancé un grito y señalé la sala con un dedo tembloroso.

—¡M-mamá! ¡P-papá!

Sara seguía hablando del concurso de arte pero se volvió a mirar, como todos. La cabeza del muñeco asomó por detrás del sillón.

—¡Es Dennis! —exclamé.

Entonces oí una risita apagada. Era la risa de Jed.

El muñeco levantó las manos y se quitó la cabeza. Y sobre el jersey de cuello alto verde apareció la cara de Jed, que se estaba tronchando de risa, todavía pringado de salsa.

Todos se echaron a reír menos yo. Jed me había dado un susto de muerte.

Se había subido el cuello alto por encima de la cabeza y se había colocado encima la cabeza de Dennis. Jed era tan bajo y delgado que realmente pareció que era Dennis el que andaba por la sala.

—¡Dejad de reíros! —grité—. ¡Esto no tiene ninguna gracia!

—Pues a mí me ha parecido graciosísimo —dijo mi madre—. ¡Qué ocurrencia!

—Muy listo —añadió mi padre.

—Ha sido una bobada —insistí yo, mirando furiosa a mi hermano—. ¡Eres tonto perdido!

—Te has asustado de verdad, Amy —me acusó Sara—. ¡Casi te mueres del susto!

—¡Mentira! —grité—. Sabía que era Dennis... quiero decir, Jed.

Todos se echaron a reír. ¡Se estaban riendo de mí! Me puse roja

como un tomate, y ellos aún se rieron más. Menuda familia. Rodeé la mesa y le quité a Jed la cabeza de Dennis.

—No vuelvas a entrar en mi habitación, ¿vale? —le dije entre dientes—. ¡Y no toques mis cosas! —añadí mientras me dirigía furiosa a mi habitación.

—Sólo era una broma, Amy —oí que me decía Sara.

—Sí, una broma —repitió el idiota de Jed.

—¡Ja, ja! —les grité—. ¡Qué gracia!

Para cuando comenzó la Noche de Compartir con la Familia, ya se me había pasado el enfado. Nos acomodamos como siempre en la sala, y mi madre fue la primera en empezar. Nos contó una anécdota muy graciosa que le había pasado en el trabajo.

Mi madre trabaja en una tienda de ropa de señora en el centro. Nos contó que había llegado a la tienda una mujer gordísima que insistía en probarse sólo tallas pequeñas. Por lo visto la mujer reventó toda la ropa que se puso... ¡Y luego la compró toda! «No es para mí —explicó—. ¡Es para mi hermana!»

Todos nos echamos a reír. Pero la verdad es que me sorprendió que mamá nos contara eso, porque ella también está un poco gordita y es muy sensible con ese tema. Igual que mi padre con el asunto de la calvicie.

A continuación le tocaba a él compartir algo. Sacó la guitarra y todos nos pusimos a gemir. Papá se cree que canta muy bien, pero desafina casi tanto como yo. Le gusta mucho cantar viejas canciones folk de los años sesenta. Parece que llevan un mensaje o algo así, pero ni Sara ni Jed ni yo entendimos ni una palabra de lo que cantaba.

Papá se puso a tocar y cantó algo sobre que no quería trabajar más en la granja de Maggie. O por lo menos eso me pareció. Al final todos aplaudimos, aunque papá sabía que no era en serio.

Luego le tocaba a Jed, pero mi hermano insistió en que ya había compartido algo.

—Era vestirme como Dennis —explicó.

Nadie quiso discutir con él.

—Entonces te toca a ti, Amy —dijo mi madre, apoyándose contra mi padre en el sillón. Mi padre se ajustó las gafas y se arrellanó en el asiento.

Yo me puse a Slappy en el regazo. Estaba un poco nerviosa porque quería impresionarlos a todos con mi número. Llevaba toda la semana ensayando y me sabía los chistes de memoria, pero cuando metí la mano en la espalda del muñeco para coger el cordel se me encogió el estómago.

Me aclaré la garganta y comencé.

—Quiero presentaros a Slappy. Slappy, di algo a mi familia.

—¡Algo a mi familia! —le hice contestar mientras le movía los ojos.

Se oyeron unas risitas.

—Este muñeco es mucho mejor —comentó mi madre.

—Pero la ventrílocua es la de siempre —dijo Sara sin compasión.

Yo la miré ceñuda.

—¡Era una broma! ¡Era una broma! —exclamó ella.

—Ese muñeco es una porquería —dijo Jed.

—Dejad a Amy en paz —ordenó mi padre—. Venga, Amy.

Tenía la boca seca y carraspeé un poco.

—Slappy y yo vamos a contar chistes —les anuncié. Me volví hacia él—. Ring ring —dije.

—¡Déjate de chorradas! —replicó con dureza. Entonces Slappy se dio la vuelta para mirar a mi madre—. Oye, gorda, vas a romper el sofá. ¿Por qué no te dejas de tantas patatas fritas y te comes de vez en cuando alguna ensalada?

—¿Eh? ¡Amy! —exclamó mi madre, pasmada.

—¡Amy, no tiene gracia! —dijo enfadado mi padre.

—¿Y a ti qué te pasa, calvito? —gritó Slappy—. ¿Es ésa tu cabeza o es que estás incubando un huevo de avestruz en el cuello?

—¡Ya basta, Amy! —Mi padre se levantó de un salto—. ¡Ya basta!

—Pero... pero... ¡Papá! —protesté.

—¿Por qué no te haces otro agujero en la cabeza y la usas como bolo? —dijo Slappy.

—¡Esos chistes son horribles! —dijo mamá—. ¡Son un insulto!

—No tiene gracia —repitió mi padre—. No tiene ninguna gracia herir los sentimientos de los demás.

—Pero, papá —me defendí—, no he sido yo. ¡Yo no he dicho

nada! Ha sido Slappy, de verdad. ¡Yo no he sido!

Slappy levantó la cabeza y pareció que su sonrisa se hacía más grande. Le brillaban los ojos.

—¿Os había dicho que sois todos feísimos? —preguntó.



Todos se pusieron a gritar a la vez. Yo me levanté y tiré a Slappy boca abajo en el sillón. Me temblaba todo el cuerpo y me flojeaban las piernas. «¿Qué está pasando? —me pregunté—. Yo no he dicho esas cosas. Pero Slappy no puede estar hablando solo...»

No, claro que no, pensé. ¿Pero qué significaba aquello? ¿Era yo la que estaba insultando a mis padres sin darme cuenta siquiera? Ellos me miraban furiosos, esperando una explicación.

—¿De verdad te parece gracioso lo que has dicho? —me preguntó mamá—. ¿No has pensado que podrías herirme llamándome gorda?

Mientras tanto Jed se reía como un cretino, tirado en medio de la sala. Sara estaba sentada de piernas cruzadas, apoyada en la pared y moviendo la cabeza, con el pelo en la cara.

—Ahora sí que te la has ganado, Amy —murmuró—. ¿Pero qué te pasa?

Yo me volví hacia mis padres, con los puños apretados y sin dejar de temblar.

—¡Tenéis que creerme! —chillé—. ¡No he sido yo! ¡Yo no he dicho nada!

—Sí, ya, es que Slappy es muy malo —se burló Jed.

—¡A callar todos! —exclamó mi padre, con la cara congestionada.

Mamá le apretó el brazo. No le gusta que mi padre se ponga nervioso ni que se enfade demasiado. Supongo que le preocupa que pueda estallar. Papá se cruzó de brazos, con la cara todavía

congestionada. Vi que tenía una mancha de sudor en el pecho. De pronto la sala se quedó en silencio.

—Amy, eso no cuela —dijo suavemente.

—Pero, pero, pero...

Entonces levantó la mano para que me callara.

—Eres una narradora genial, Amy —prosiguió—. Te inventas unos cuentos y unas historias maravillosas. Pero ésta no nos la vamos a creer. No nos vamos a creer que tu muñeco habla solo.

—¡Pero es verdad, papá! —protesté. Estaba a punto de echarme a llorar. Me mordí el labio para contener las lágrimas.

Mi padre movió la cabeza.

—No, Slappy no nos ha insultado. Quiero que nos pidas perdón a tu madre y a mí. Luego coge tu muñeco y vete a tu cuarto.

Era imposible que me creyeran. No era de extrañar. Ni yo misma me lo acababa de creer.

—Lo siento —murmuré, conteniendo las lágrimas—. De verdad que lo siento.

Con un triste suspiro cogí a Slappy por la cintura, de modo que le quedaron los brazos y las piernas colgando.

—Buenas noches —me despedí mientras salía lentamente de la sala.

—¿Y yo qué? —oí que preguntaba Sara.

—Se acabó la Noche de Compartir —replicó mi padre con expresión sombría—. Vosotros dos, marchaos. Vuestra madre y yo queremos estar solos.

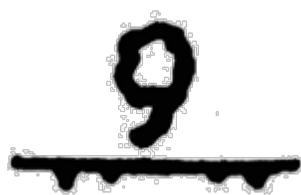
Papá parecía muy preocupado. Y no me extraña.

Cerré la puerta de mi habitación y levanté a Slappy, cogiéndolo por los hombros. Acerqué su cara a la mía. Parecía que me estuviera mirando con aquellos ojos azules tan fríos y su sonrisa burlona, como si se estuviera riendo de mí. Pero, claro, era imposible. «Son imaginaciones mías», pensé. Al fin y al cabo Slappy no era más que un muñeco, un trozo de madera pintada.

—Esta noche me has metido en un buen lío, Slappy —le dije.

Había sido un día horrible, espantoso.

Pero el día siguiente aún sería peor.



Primero se me cayó la bandeja del almuerzo. Todas las bandejas estaban mojadas, y a mí se me resbaló la mía de las manos. Los platos se hicieron añicos y la comida me salpicó las zapatillas nuevas. Todos los que había en el comedor se echaron a reír. Pasé muchísima vergüenza.

Por la tarde nos dieron las notas. Sara llegó a casa cantando, más contenta que unas pascuas. Lo que más le alegra en el mundo es ser perfecta. Y sus notas, claro, eran perfectas. Todo sobresalientes. Insistió en enseñármelas tres veces, y a Jed otras tres, y los dos tuvimos que decirle que era maravillosa.

Bueno, estoy siendo injusta con ella. Sara estaba muy contenta, y tenía derecho a estarlo. Sus notas eran perfectas y su pintura de las flores ganó la cinta azul en el concurso estatal de arte. Así que no me extraña que se pusiera a bailar por toda la casa, cantando a pleno pulmón.

No lo hacía para restregarme su triunfo por las narices ni para que yo me sintiera inferior por haber sacado dos aprobados pelados, uno en matemáticas y otro en ciencias. No era culpa suya que yo hubiera tenido las peores notas de mi vida, así que intenté controlar mis celos y no estrangularla cuando me contó por décima vez lo del premio del concurso de arte. Pero la verdad es que no fue fácil contenerme.

Lo peor de mis notas no eran los dos aprobados sino la observación que la señorita Carson había escrito al pie:

«Amy no está trabajando a pleno rendimiento. Si se esforzara

más, sus notas podrían ser mucho mejores.»

Debería estar prohibido que los profesores anotaran cosas en los boletines. Yo creo que con las notas ya tenemos más que suficiente.

Intenté inventar alguna historia para explicarles a mis padres lo de los dos aprobados. Pensaba decirles que nadie de mi clase había pasado del aprobado en matemáticas y ciencias. «La señorita Carson no tuvo tiempo de corregir los exámenes, así que nos ha aprobado a todos.» Era una buena historia, aunque tampoco excepcional. Mis padres no se la iban a tragar, eso seguro.

Me puse a pasear de un lado a otro de la habitación, a ver si se me ocurría algo mejor. Al cabo de un rato advertí que Slappy me miraba. Estaba sentado en la silla al lado de Dennis, muy sonriente. ¿Me seguía con los ojos mientras yo caminaba?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Realmente parecía que sus ojos me siguieran. Fui corriendo a la silla y puse a Slappy de espaldas. No tenía tiempo para pensar en muñecos. Mis padres estaban a punto de llegar a casa y necesitaba una buena historia para justificar mis malas notas.

¿Se me ocurrió alguna? No

¿Se alarmaron mis padres? Sí.

Mi madre dijo que me ayudaría a organizarme mejor. Papá se ofreció para explicarme los problemas de matemáticas. La última vez que mi padre me ayudó con las mates, estuve a punto de suspender...

Hasta el tonto de Jed, tenía un boletín mejor que el mío. En los primeros cursos no dan notas, sino que la maestra escribe un informe y ya está. Bueno, pues el informe de Jed decía que era un chico estupendo y un estudiante magnífico. ¡Su maestra debe de estar más loca que una cabra!

Durante la cena miré un momento a Jed, que estaba sentado enfrente de mí, y él abrió la boca para enseñarme los guisantes a medio masticar. ¡El muy marrano!

—Eres un desastre —me dijo de pronto sin ninguna razón.

A veces me pregunto para qué inventarían la familia.

El sábado por la mañana llamé a Margo.

—No puedo ir a tu casa —anuncié con un suspiro—. Mis padres no me dejan.

—Yo tampoco he sacado muy buenas notas —contestó ella—. La señorita Carson escribió al final del boletín que hablo mucho en clase.

—La señorita Carson sí que habla demasiado —dije con amargura.

Mientras hablaba con Margo, me miré en el espejo de la cómoda. «Me parezco mucho a Sara —pensé—. ¿Por qué tengo que parecer su gemela? A lo mejor me corto el pelo o me hago un tatuaje.» La verdad es que no tenía la cabeza muy lúcida. Estaba enfadadísima con mis padres porque no me dejaban ir a casa de Margo.

—Qué rabia —me dijo mi amiga—. Quería hablar contigo de tu actuación en el restaurante de mi padre.

—Ya lo sé —contesté tristemente—. Pero no me dejarán ir a ninguna parte hasta que haya terminado el trabajo de ciencias.

—¿Todavía no lo has entregado?

—La verdad es que se me olvidó —confesé—. El proyecto ya lo he hecho, dos veces incluso. Sólo me queda redactar el informe.

—Bueno, ya te conté que el próximo sábado mi padre tiene una fiesta de cumpleaños con una docena de niños de tres años, y quiere que vayas a entretenerlos con Slappy.

—En cuanto termine el trabajo de ciencias empezaré a ensayar —prometí—. Dile a tu padre que no se preocupe, que saldrá estupendamente.

Al cabo de un rato mi madre me dijo a gritos que colgara. Estuvimos charlando unos minutos más, hasta que mi madre me volvió a gritar. Entonces me despedí de Margo y colgué.

Me pasé toda la mañana y gran parte de la tarde pegada al ordenador, hasta que por fin terminé el trabajo. No fue fácil porque Jed estuvo entrando todo el rato en mi habitación para que jugara un Nintendo con él, «¡Sólo uno!», me dijo. Lo tuve que echar del cuarto un montón de veces.

Cuando acabé, imprimí el informe y lo leí de nuevo. Era bastante bueno. Quería hacer una portada llamativa, con rotuladores de colores, pero estaban todos secos. Los tiré a la basura y fui a la habitación de Sara, que tenía un cajón lleno.

Mi hermana estaba en el centro comercial con sus amigos. Doña

Perfecta podía pasarse el sábado haciendo lo que se le antojase. Para eso era perfecta. Yo sabía que no le importaría que le cogiera los rotuladores.

Jed me detuvo en la puerta.

—Una partida de ajedrez —suplicó—. ¡Sólo una!

—Ni hablar. —Le puse la mano en la cabeza para apartarlo. Tenía el pelo muy suave—. Siempre me das una paliza, y además todavía no he terminado el trabajo.

—¿Para qué vas a la habitación de Sara?

—¿A ti qué te importa?

—Eres un desastre, Amy.

Entré en la habitación de Sara sin hacerle caso y cogí los rotuladores. Luego me pasé casi una hora haciendo la portada. La llené de átomos y moléculas de colores. La señorita Carson se quedaría impresionadísima.

Sara volvió a casa justo cuando yo estaba terminando. Llevaba una enorme bolsa de ropa que había comprado en Banana Republic.

—Mamá, ven a ver lo que he comprado —dijo, mientras se encaminaba a su cuarto.

Mi madre apareció con una pila de toallas limpias.

—¿Puedo verlo yo también? —pregunté.

Sara se detuvo de pronto en la puerta de su habitación. Soltó un grito y la bolsa se le cayó de las manos. Mamá y yo asomamos la cabeza por detrás de ella.

¡La habitación estaba hecha un desastre! Alguien había volcado un montón de potes de pintura roja, amarilla y azul. La pintura se había extendido por la alfombra en un enorme charco de colores. Yo me quedé sin aliento. Pestañeeé varias veces, alucinando.

—¡No puedo creerlo! —chilló Sara—. ¡No puedo creerlo!

—¡La alfombra está para tirar! —exclamó mi madre, entrando en la habitación.

Los potes vacíos estaban volcados y esparcidos por la habitación.

—¡Jed! —gritó mi madre—. ¡Jed, ven aquí ahora mismo!

Jed estaba justo detrás de nosotras, en el pasillo.

—No tienes por qué gritar tanto —dijo.

Mamá lo miró furiosa.

—Jed, ¿cómo has podido...?

—¿Quién, yo? —preguntó él con cara de inocente.

—¡Jed, no mientas! —exclamó Sara—. ¿Has sido tú? ¿Has vuelto a entrar en mi habitación?

—¡No! —contestó mi hermano, moviendo la cabeza—. No he entrado en tu cuarto, Sara, ni una sola vez. Pero vi que Amy entraba, y no me quiso decir para qué.

10

Sara y mamá me miraron con ojos acusadores.

—¿Cómo has podido, Amy? —gritó Sara, rodeando el gran charco de pintura—. ¿Cómo has podido?

—¡Eh, un momento! ¡Yo no he sido! ¡Yo no he hecho nada! —exclamé frenética.

—Yo le pregunté a Amy para qué quería entrar aquí y ella me dijo que no era asunto mío —intervino Jed.

—¡Es horrible, Amy! —dijo mi madre—. ¡Es espantoso lo que has hecho!

—Sí.

Sara movió la cabeza.

—Todas mis pinturas, todas —añadió—. Qué desastre. Lo has hecho porque tenías envidia de mis notas.

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo!

—¿Quién ha sido entonces? —dijo mamá—. Si Jed no ha entrado aquí...

—¡Yo sólo vine a coger unos rotuladores! —exclamé con voz trémula—. Nada más.

—Amy... —Mi madre señaló el enorme charco de pintura.

—¡Ya veréis! —exclamé—. ¡Os voy a enseñar lo que me llevé!

Fui corriendo a mi habitación y cogí los rotuladores de Sara con la mano temblorosa y el corazón palpitante. ¿Cómo podían acusarme de algo tan horrible? ¿Era eso lo que todos pensaban de mí, que era un monstruo, que estaba tan celosa de mi hermana que le había tirado todas las pinturas y le había destrozado la alfombra?

¿De verdad pensaban que estaba tan loca?

Volví al cuarto de Sara con los rotuladores en las dos manos. Jed estaba sentado en la cama, mirando el charco rojo, azul y amarillo. Mamá y Sara también lo miraban, moviendo la cabeza. Mamá no dejaba de chasquear la lengua, apretándose las mejillas con las manos.

—¡Mirad! ¿Lo veis? —Les mostré los rotuladores—. Por eso vine. ¡Es la verdad!

Algunos rotuladores se me cayeron y me agaché para recogerlos.

—Amy, esta tarde sólo estábamos tres personas en casa —dijo mi madre intentando no levantar la voz—. Jed, tú y yo.

—Ya lo sé... —comencé a decir, pero mi madre levantó la mano para hacerme callar.

—Yo no he sido, desde luego —prosiguió—. Y Jed dice que él tampoco, de modo que...

—¡Mamá, yo no estoy loca! —chillé—. ¡No he sido yo!

—Más vale que lo confieses todo —dijo mi madre—. Luego lo hablaremos tranquilamente y...

—¡Pero es que no he sido yo!

Tiré los rotuladores al suelo y me fui corriendo a mi habitación. Cerré de golpe la puerta y me arrojé llorando en la cama. No sé cuánto tiempo estuve allí tirada. Cuando por fin me levanté, tenía la cara empapada y me moqueaba la nariz. Fui a la cómoda a coger un pañuelo... Y entonces algo me llamó la atención.

¿No había dejado a Slappy de espaldas? Ahora estaba de frente a mí, mirándome, con la sonrisa más ancha que nunca. ¿No lo había puesto yo de espaldas? No me acordaba. ¿Y qué tenía en los zapatos?

Me enjuagué las lágrimas con el dorso de las manos y me acerqué al muñeco. ¿Qué tenía en los pies? ¿No era pintura roja, azul y amarilla?

Le cogí los zapatos por los talones, conteniendo la respiración, y me los acerqué a la cara. Sí. Eran manchas de pintura.

—Slappy, ¿qué está pasando aquí? —pregunté en voz alta—. ¿Qué está pasando?



Cuando llegó mi padre a casa y vio la habitación de Sara, casi le dio un soponcio.

La verdad es que llegué a preocuparme por él. Tenía la cara roja como un tomate y el pecho agitadísimo, y soltaba unos horribles ruidos guturales.

Toda la familia se reunió en la sala, en los sitios habituales de la Noche de Compartir. Sólo que ésta no era la Noche de Compartir, sino la de Qué Vamos a Hacer con Amy.

—Amy, en primer lugar dinos la verdad —comenzó mamá, sentada muy tiesa y estrujándose las manos en el regazo.

Mi padre estaba sentado al otro lado del sofá, dando nerviosos golpecitos en el reposabrazos y mordiéndose el labio. Jed y Sara estaban en el suelo, apoyados contra la pared.

—¡Estoy diciendo la verdad! —insistí con voz chillona. Me dejé caer en el sillón enfrente de ellos. Tenía todo el pelo en la cara pero no me molesté en apartármelo. Llevaba la camiseta todavía húmeda de lágrimas—. Escuchadme, por favor.

—Muy bien, te estamos escuchando —dijo mi madre.

—Cuando entré en mi habitación, vi manchas de pintura en los zapatos de Slappy y...

—¡Ya está bien! —gritó mi padre, levantándose de un salto.

—Pero papá...

—¡Ya basta, Amy! —Me señaló con el dedo—. Se acabaron los cuentos, ¿comprendes? No queremos saber nada de las manchas de pintura de Slappy. Lo que queremos es una explicación de la

barbaridad que ha pasado hoy en el cuarto de Sara.

—¡Pero si os lo estoy explicando! —protesté—. ¿Por qué tenía Slappy los zapatos manchados de pintura? ¿Por qué?

Mi padre volvió a sentarse en el sofá con un suspiro y se puso a hablar en voz baja con mi madre. Me pareció oír la palabra «médico».

—¿Me... me vais a llevar a un psiquiatra? —pregunté tímidamente.

—¿Crees que lo necesitas? —me dijo mi madre.

—No.

—Tu padre y yo vamos a hablar de eso, y ya veremos qué es lo mejor.

¿Lo mejor? Me castigaron dos semanas sin cine, sin amigos, sin salir a ninguna parte. Incluso los oí hablar de buscarme un tutor. Pero a mí no me dijeron nada.

Durante toda la semana noté que me observaban, que me estudiaban como si fuera un marciano. Sara estaba muy fría conmigo. Hubo que vaciar su habitación y poner una alfombra nueva. Mi hermana no estaba muy contenta que digamos. Hasta Jed me trataba de otra forma. Parecía evitarme y mantenía las distancias, como si pudiera contagiarle un constipado horrible o algo peor. No se metía conmigo ni me decía que era un desastre ni nada. Lo cierto es que lo echaba de menos. De verdad.

Me sentía fatal. Tenía ganas de ponerme enferma, de pillar una gripe, un dolor de estómago o lo que fuera para que se apiadaran de mí y dejaran de tratarme como a un criminal.

Lo único bueno de todo aquello es que el sábado me iban a dejar actuar con Slappy en La Casa de Fiestas. Cada vez que cogía al muñeco me sentía un poco rara. No podía olvidar las manchas de pintura en sus zapatos y el desastre en la habitación de mi hermana, pero no se me ocurría ni una sola explicación de lo sucedido, y todas las tardes ensayaba con Slappy.

Había reunido un montón de chistes buenos, chistes tontos que pensé que les harían gracia a los niños de tres años. Ensayaba siempre mirándome en el espejo. Cada vez movía menos los labios y me resultaba más fácil mover bien la boca y los ojos de Slappy.

—Ring ring —le hacía decir a Slappy.

—¿Diga?

—¿Es el 00 00 01?

—Sí —contestaba yo.

—Pues si te descuidas te quedas sin teléfono.

Entonces echaba atrás la cabeza de Slappy, le abría mucho la boca y agitaba todo su cuerpo como si estuviera riendo.

Pensaba que los niños se morirían de risa.

Practicaba el número todas las noches, esforzándome mucho. No sabía que nunca lo llegaría a poner en práctica.

La tarde del sábado mi madre me llevó a La Casa de Fiestas.

—¡Que tengas suerte! —me dijo.

Yo llevaba a Slappy en los brazos. Margo salió a recibirme a la puerta y me saludó con una nerviosa sonrisa.

—¡Justo a tiempo! —exclamó—. Casi han llegado todos los niños. ¡Son unos bestias!

—Genial —dije, con los ojos en blanco.

—Son unos bestias, pero son tan monos... —añadió mi amiga.

Me llevó hasta la sala de la fiesta, en la parte trasera. El techo estaba cubierto de racimos de globos rojos y amarillos. Había una mesa muy decorada, también de rojo y amarillo. En cada una de las sillas había atado un globo que se elevaba en el aire, con el nombre de cada invitado.

Los niños eran muy monos, efectivamente. Casi todos iban vestidos con téjanos y vistosas camisetas. Dos niñas llevaban vestiditos de volantes.

En total eran diez. Todos corrían como locos y se perseguían por la sala. Sus madres estaban agrupadas en torno a una larga mesa contra la pared del fondo. Algunas ya se habían sentado, otras estaban de pie, charlando, y las demás les gritaban a sus hijos que dejaran de hacer el tonto.

—Yo ayudaré a servir la merienda —dijo Margo—. Mi padre quiere que actúes enseguida, para tranquilizar a los niños.

Tragué saliva.

—Enseguida, ¿eh?

Llevaba todo el día tan ilusionada que apenas había podido tragarme el bocado de atún del almuerzo, pero ahora me estaba poniendo nerviosa y tenía el estómago encogido.

Margo me llevó a la parte delantera de la sala, donde había un pequeño escenario de madera pintado de azul brillante. Al verlo me dio un brinco el corazón y se me secó completamente la boca. ¿Sería capaz de representar mi número delante de toda aquella gente? Se me había olvidado que las madres estarían también presentes, y al ver que había adultos en el público me puse todavía más nerviosa.

—Aquí está la que cumple años —dijo una mujer.

Me di la vuelta y vi a una madre sonriente que llevaba de la mano a una niña preciosa. La pequeña me miró con chispeantes ojos azules. Tenía el pelo negro y lacio, como el mío, sólo que más suave y fino. Lo llevaba recogido con una cinta amarilla, a juego con su vestido amarillo y las zapatillas amarillas también.

—Esta es Alicia —anunció la madre.

—Hola. Yo soy Amy.

—A Alicia le gustaría conocer a tu muñeco.

—¿Es de verdad? —preguntó la niña.

No supe qué contestar.

—Bueno, es un muñeco de verdad —dije por fin.

Cogí a Slappy y le metí la mano en la espalda.

—Éste es Slappy —le dije a la pequeña—. Slappy, ésta es Alicia.

—¿Cómo estás, preciosa? —le hice decir al muñeco.

Alicia y su madre se echaron a reír. La niña se quedó mirando a Slappy con sus brillantes ojos azules.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el muñeco.

Alicia levantó tres dedos.

—Tres —dijo.

—¿Te gustaría darle la mano a Slappy? —pregunté.

Alicia asintió con la cabeza. Yo bajé un poco al muñeco y le tendí la mano.

—Venga, dale la mano.

Alicia obedeció con una risita.

—Feliz cumpleaños —dijo Slappy.

—Estamos deseando ver tu actuación —comentó la madre de Alicia—. A los niños les encantará.

—Eso espero —repliqué, con un nudo en el estómago. Estaba nerviosísima.

—¡Suelta! —exclamó Alicia, tirando con fuerza de la mano de Slappy con una risita—. ¡No me quiere soltar!

Su madre se echó a reír.

—¡Qué muñeco más gracioso! —Cogió a Alicia de la otra mano—. Vamos, cariño. Hay que sentar a todo el mundo para que empiece la función.

Alicia tiró con más fuerza.

—¡Pero es que no me suelta, mamá! —gritó—. ¡Quiere darme la mano!

Alicia dio un tirón, pero su manita seguía prisionera en la de Slappy.

—¡Le gusto! —rió—. Por eso no me suelta la mano.

—Mira —dijo su madre, dirigiendo la vista hacia la puerta—. Han llegado Phoebe y Jennifer. Vamos a saludarlas.

Alicia intentó seguir a su madre, pero Slappy la tenía fuertemente cogida.

—¡Suelta! —insistió, poniéndose seria.

Varios niños se habían reunido en torno a nosotras.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritó Alicia enfadada.

Yo me incliné a mirar la mano de Slappy y vi sorprendida que sus dedos parecían cerrarse con fuerza en torno a los de la pequeña. Alicia dio un tirón.

—¡Ay! ¡Me hace daño, mamá!

Más niños se acercaron a mirarnos, algunos riéndose. Dos pequeños de pelo oscuro se miraron asustados.

—¡Por favor, haz que me suelte! —me suplicó Alicia, sin dejar de dar tirones.

Yo me quedé petrificada de miedo, sin saber qué hacer. Alicia se tenía que haber enganchado con algo. No era posible que Slappy le estuviera cogiendo la mano de verdad...

—Por favor, suelta la mano de Alicia —dijo su madre con impaciencia.

—¡Me hace daño! —gimió la niña—. ¡Ay! ¡Me está apretando!

La sala se quedó en absoluto silencio. Todos los niños nos miraban con los ojos muy abiertos y cara de desconcierto. Yo no sabía qué hacer. No podía controlar las manos de

Slappy. Con el corazón martilleándome en el pecho, intenté

tomármelo a broma.

—¡Es que le has caído muy bien a Slappy! —le dije a Alicia.

Pero la pequeña se había echado a llorar y las lágrimas le caían por las mejillas.

—¡Mamá, dile que me suelte!

Saqué la mano de la espalda del muñeco y le cogí el brazo con las dos manos.

—¡Suéltala, Slappy!

Intenté abrirle los dedos pero no pude ni movérselos.

—¿Qué pasa? —gritó la madre de Alicia—. ¿Tiene la manó enganchada? ¿Qué le estás haciendo?

—¡Me hace daño! —gimió la niña—. ¡Aaaay! ¡Me está apretando!

Algunos niños se habían echado a llorar. Las madres se precipitaron a consolarlos. Los sollozos de Alicia se alzaban sobre los gritos asustados de los otros pequeños. Cuando más tiraba ella, más apretaba la mano de madera.

—¡Suéltala, Slappy! —chillé, tirándole de los dedos—. ¡Suelta! ¡Suelta!

—¡No lo entiendo! —exclamó la madre de Alicia, agarrándome frenéticamente del brazo—. ¿Qué haces? ¡Suéltala ahora mismo!

—¡Aaaaaay! —Alicia lanzó un chillido estremecedor—. ¡Que me suelte! ¡Me hace daño! ¡Me hace daño!

Y de pronto Slappy echó atrás la cabeza, con la boca y lo ojos muy abiertos, y lanzó una larga y diabólica carcajada.

12

Entré disparada en casa y cerré de un portazo. Había cogido el autobús hasta la calle Logan y luego tuve que correr seis manzanas con Slappy colgado al hombro.

—Amy, ¿qué tal te ha ido? —me preguntó mi madre desde la cocina— ¿Te ha traído alguien? ¿No teníamos que ir nosotros a buscarte?

Yo no contesté. Estaba llorando tanto que no podía ni hablar. Fui corriendo a mi habitación y cerré de golpe la puerta. Luego metí a Slappy en el armario. No quería volver a verlo en toda mi vida.

Entonces me miré en el espejo de la cómoda. Se me habían hinchado los ojos de tanto llorar. Tenía el pelo mojado y enredado, pegado a la frente. Respiré hondo varias veces, intentando controlar los sollozos. Todavía oía los gritos de aquella pobre niña.

Slappy la había soltado por fin, después de lanzar su espantosa carcajada, pero Alicia no dejaba de llorar. Estaba asustadísima y tenía la manita hinchada y roja. Los demás niños también lloraban y gritaban. La madre de Alicia estaba furiosa. Llamó al padre de Margo, que estaba en la cocina, y le dijo temblando de rabia que pensaba denunciarle.

El padre de Margo me pidió suavemente que me marchara. Me acompañó a la puerta y me dijo que no era culpa mía, pero que los niños tenían miedo de Slappy y que no podía hacer mi número. Vi que Margo se acercaba, pero di media vuelta y salí corriendo.

Nunca me había sentido tan mal. No sabía qué hacer. Había empezado a llover un poco y me quedé mirando cómo el agua

corría por la acera hasta desaparecer por la alcantarilla. Me hubiera gustado que a mí también me tragara la tierra.

Una vez en mi habitación, me tiré en la cama. Seguía viendo a Alicia gritar y llorar, intentando zafarse de Slappy. Al cabo de un momento llamó mi madre a la puerta.

—Amy... Amy, ¿qué haces? ¿Qué pasa?

—¡Vete! —sollocé—. Déjame.

Mi madre abrió la puerta y entró en la habitación. Detrás venía Sara, con cara preocupada.

—Amy, ¿es que no ha salido bien la función? —preguntó mi madre.

—¡Marchaos, por favor! —sollocé.

—La próxima vez lo harás mejor —me consoló Sara, acercándose a la cama y poniéndome la mano en el hombro tembloroso.

—¡Calla! —grité—. ¡Calla, Doña Perfecta!

No quería ser tan brusca, pero es que no podía controlarme. Sara retrocedió. Era evidente que la había herido.

—Dinos qué ha pasado —insistió mi madre—. Te sentirás mejor si nos lo cuentas.

Yo me incorporé hasta sentarme al borde de la cama, me enjuagué los ojos y me aparté el pelo mojado de la cara. Y de pronto me salió toda la historia de un tirón.

Les conté que Slappy le había cogido la mano a Amy y no se la quería soltar, y que todos los niños se habían echado a llorar y que los padres gritaban muy enfadados. Y que yo había tenido que marcharme sin hacer la función.

Entonces me levanté de un salto y me arrojé llorando otra vez en brazos de mi madre.

Ella me acarició el pelo, como cuando era pequeña, y me susurró:

—Shhh, shhh, shhh.

Poco a poco empecé a calmarme.

—Todo esto es muy raro —dijo Sara, moviendo la cabeza.

—Me tienes un poco preocupada. —Mi madre me cogió las manos—. La niña se enganchó la mano, nada más. No creerás que se la cogió el muñeco, ¿verdad?

Mamá me miraba atentamente. «Cree que estoy loca —pensé—. Cree que me he vuelto majara.» Era evidente que no me creía, pero pensé que era mejor no insistir.

—Sí —dije—, supongo que se enganchó la mano. —Bajé la vista.

—Lo mejor será que guardes a Slappy una temporada —me sugirió mamá, mordiéndose el labio.

—Sí, tienes razón. Ya lo he metido en el armario.

—Buena idea —me contestó ella—. Déjalo allí unos días. Me parece que te has pasado demasiado tiempo con él.

—Sí, necesitas otro pasatiempo —intervino Sara.

—¡No era un pasatiempo! —salté.

—Bueno, pero déjalo unos días en el armario —dijo mi madre—. ¿De acuerdo, Amy?

Yo asentí con la cabeza.

—No quiero volverlo a ver.

Entonces me pareció oír un ruido dentro del armario, aunque lo más seguro es que fueran imaginaciones mías.

—Anda, arréglate —dijo mamá—. Lávate la cara y baja a la cocina, que te prepararé algo de comer.

—De acuerdo.

Sara se marchó con mi madre.

—Qué raro —la oí decir—. Amy está cada vez más rara.

Margo llamó después de cenar. Dijo que se sentía fatal por lo que había pasado y que su padre no pensaba que yo tuviera la culpa.

—Quiere darte otra oportunidad, tal vez con niños mayores.

—Gracias —contesté—, pero voy a dejar a Slappy guardado una temporada. Ya no sé si quiero ser ventrílocua.

—¿Qué pasó hoy en la fiesta?

—Pues la verdad es que no lo sé muy bien —dije.

Esa noche me acosté temprano. Antes de apagar la luz miré un momento la puerta del armario. Estaba cerrada con llave. Al pensar que Slappy estaba allí metido me sentí más segura y me dormí rápidamente.

Al día siguiente, al despertarme, me incorporé y me froté los ojos. Entonces oí los gritos furiosos de Sara en el pasillo.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Deprisa! ¡Venid a ver lo que ha hecho Amy

ahora!

13

Cerré los ojos con fuerza. «¿Y ahora qué?», me pregunté con un escalofrío.

—¡Oh, no! —exclamé de repente en voz alta al ver que la puerta de mi armario estaba algo abierta.

Me levanté con el corazón palpitante y eché a correr hacia la habitación de Sara. Mis padres y Jed ya estaban allí.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Mirad! —gritaba mi hermana.

—¡Dios mío! —exclamaron.

Cuando me asomé a la habitación me quedé sin aliento. ¡Las paredes! ¡Estaban todas pintarrajeadas! Alguien había escrito con una brocha AMY AMY AMY AMY en grandes letras rojas.

—¡Nooooo! —gemí, tapándome la boca con las dos manos.

Miré todas las paredes, leyendo mi nombre una y otra vez. AMY AMY AMY AMY. ¿Por qué mi nombre? De pronto me dio un mareo y tragué saliva para intentar contener las náuseas. Parpadeé varias veces, como si con eso pudiera borrar las pintadas.

AMY AMY AMY AMY.

—¿Por qué? —me preguntó Sara con voz temblorosa. Se ajustó el camisón y se apoyó contra la cómoda—. ¿Por qué, Amy?

Me di cuenta de que todos me miraban.

—Yo-yo-yo... —dije balbuceando.

—Amy, esto no puede seguir así —me dijo mi padre muy serio. Más que enfadado, parecía triste.

—Te buscaremos ayuda, cariño. —Mi madre tenía los ojos llorosos y le temblaba la barbilla.

Jed estaba en silencio, con los brazos cruzados.

—¿Por qué, Amy? —repitió Sara.

—¡Pero si no he sido yo! —conseguí decir por fin.

—Nada de mentiras, Amy —dijo mi madre.

—Pero... mamá... ¡No he sido yo! —insistí con voz chillona.

—Esto es muy serio —dijo mi padre, frotándose la barbilla—.

Amy, ¿te das cuenta de lo grave que es?

Jed frotó la pintura de la pared con dos dedos.

—Está seca —informó.

—Eso significa que se hizo a primera hora de la noche —dijo mi padre sin dejar de mirarme—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Amy? Esto no es una simple travesura.

Yo respiré hondo. Estaba temblando de la cabeza a los pies.

—¡Ha sido Slappy! —exclamé—. ¡No estoy loca, papá! ¡No estoy loca! ¡Tenéis que creerme! ¡Ha sido Slappy!

—Amy, por favor —dijo mi madre suavemente.

—¡Venid conmigo! —grité—. Os lo voy a demostrar. Os voy a demostrar que ha sido Slappy. ¡Venid!

Salí disparada de la habitación, sin esperar respuesta, y todos me siguieron en silencio.

—¿Está enferma? —oí que preguntaba Jed.

No sé qué le contestaron. Irrumpí en mi cuarto y abrí la puerta del armario.

—¿Lo veis? —exclamé, señalando a Slappy—. ¿Lo veis? ¡Esto demuestra que ha sido él!

14

El muñeco estaba sentado en el fondo del armario, con las piernas cruzadas y la cabeza muy tiesa sobre los hombros. Parecía que nos estuviera sonriendo. Su mano izquierda descansaba en el suelo, y la derecha en su regazo. Precisamente en la mano derecha tenía una brocha manchada de pintura roja.

—¡Os dije que había sido Slappy! —exclamé, apartándome para que todos lo vieran.

Pero nadie dijo nada. Mis padres fruncieron el ceño y movieron la cabeza. La risita de Jed rompió el silencio.

—Qué tontería —le dijo a Sara.

Mi hermana bajó la vista y no contestó.

—Ay, Amy —suspiró mi madre—. ¿De verdad te creías que nos ibas a engañar poniéndole el pincel en la mano?

—¿Cómo? —pregunté. No entendía nada.

—¿De verdad esperas que nos creamos esto? —intervino mi padre, mirándome a los ojos—. ¿Pensabas que poniéndole a Slappy el pincel en la mano nos ibas a hacer creer que el culpable es él?

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Cuándo ha aprendido Slappy a escribir? —preguntó Jed.

—¡Calla, Jed! —le reprendió mi padre—. Esto no es ninguna broma.

—Sara, llévate a tu hermano —dijo mi madre—. Id a preparar el desayuno.

Sara quiso llevarse a Jed hacia la puerta, pero él se apartó.

—Quiero quedarme, quiero ver cómo castigáis a Amy.

—¡Fuera! —exclamó mi madre, haciéndole un gesto con las dos manos.

Sara se lo llevó por fin de la habitación. Yo miré a Slappy, temblando. ¿Sonreía? Me quedé mirando el pincel que tenía en la mano. La pintura roja se fue desenfocando, hasta que sólo vi rojo. Parpadeé varias veces y me volví hacia mis padres.

—¿No me creéis?

Ellos movieron la cabeza.

—¿Cómo íbamos a creerte, cariño? —dijo mi madre.

—No podemos creernos que un muñeco de madera haya estado destrozando la habitación de Sara —añadió papá—. ¿Por qué no nos dices la verdad, Amy?

—¡Estoy diciendo la verdad!

¿Cómo se lo podía demostrar? Solté un grito de rabia y cerré de golpe la puerta del armario.

—Vamos a calmarnos un poco —dijo mi madre—. Vamos a vestarnos y a desayunar. Ya hablaremos de esto cuando estemos más tranquilos.

—Buena idea. —Mi padre seguía mirándome como si no me hubiera visto nunca. Se rascó la cabeza—. Supongo que habrá que pintar de nuevo la habitación de Sara. Harán falta por lo menos dos capas para tapar el rojo.

Mis padres se marcharon discutiendo lo que iba a costar la pintura de la habitación. Yo me quedé allí en mi cuarto. Cada vez que cerraba los ojos lo veía todo rojo, veía mi nombre en las paredes: AMY AMY AMY AMY.

—¡No he sido yo! —grité, con el corazón desbocado.

Abrí de golpe el armario y cogí a Slappy por los hombros de la chaqueta. El pincel se le cayó de la mano y aterrizó junto a mi pie descalzo.

Sacudí furiosa al muñeco. Sus brazos y piernas se agitaban violentamente y la cabeza se le echó hacia atrás. Luego lo levanté a la altura de mi vista.

—¡Confiesa! —le grité—. ¡Venga! ¡Confiesa que fuiste tú! ¡Dilo!

Los vidriosos ojos azules me miraban sin vida. Ninguno de los dos nos movimos. Y entonces, para mi espanto, los labios de madera se abrieron lentamente y Slappy lanzó una suave y diabólica

carcajada.

15

—No puedo ir —le dije a Margo tristemente. Estaba sentada en la cama, hablando por teléfono—. Me han castigado todo el día en mi cuarto.

—¿Por qué?

Suspiré.

—Si te lo contara no me creerías.

—Prueba a ver —me dijo.

Pero decidí no contarle nada. Si toda mi familia pensaba que estaba loca, no me iba a arriesgar a que mi amiga pensara lo mismo.

—Ya te lo diré cuando nos veamos.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¡Madre mía! —exclamó Margo por fin.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que debe de ser algo terrible si ni siquiera puedes contármelo, Amy.

—Es algo... no sé..., algo muy raro —dije insegura—. ¿No podemos cambiar de tema?

Otro silencio.

—Mi padre va a celebrar un cumpleaños para niños de seis años y quería que...

—No, lo siento —la interrumpí—. Slappy está guardado.

—¿Cómo? —se sorprendió Margo.

—Que lo he guardado. Se acabó. Ya no quiero ser ventrílocua.

—Pero, Amy, si a ti te encantaba, y además dijiste que querías

ganar algún dinero. Mi padre...

—No, no —repetí—. He cambiado de opinión, Margo. Lo siento. Dile a tu padre que lo siento. Ya... ya te lo contaré todo cuando nos veamos. —Tragué saliva y añadí—: Si es que volvemos a vernos.

—Te veo fatal, Amy —dijo Margo suavemente—. ¿Quieres que vaya a verte? Mi padre me puede llevar.

—Estoy castigada —contesté desconsolada—. No puedo recibir visitas.

En ese momento oí ruido en el pasillo. Debía de ser mamá o papá, que venían a inspeccionar. Tampoco me estaba permitido hablar por teléfono.

—Tengo que colgar. Adiós, Margo —susurré.

Mi madre llamó a la puerta.

—Amy, ¿quieres que hablemos?

—No, sinceramente —contesté sombría.

—En cuanto digas la verdad podrás salir.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no me cuentas ahora la verdad? Hace un día precioso. Es una lástima que te lo pases en tu habitación.

—No... no tengo ganas de hablar ahora.

Mi madre se quedó un rato al otro lado de la puerta sin decir nada. Cuando por fin oí desaparecer sus pasos por el pasillo, enterré la cara en la almohada. Quería aislarme del mundo y pensar. Pensar, pensar, pensar.

No iba a confesar un crimen que no había cometido. De ninguna manera. Tenía que demostrar que Slappy era el culpable. Tenía que dejar claro que no estaba loca. Tenía que enseñarles que Slappy no era un muñeco corriente.

Estaba vivo. Y era diabólico. Pero ¿cómo demostrarlo?

Me levanté y me puse a pasear de un lado a otro de la habitación, hasta que me detuve en la ventana a mirar el jardín. Era un día precioso de primavera. Los tulipanes amarillos cabeceaban en el macizo de flores. El cielo estaba totalmente azul. En los dos arcos comenzaban a brotar hojas nuevas.

Respiré hondo. El aire era fresco y limpio. Vi a Jed con un par de amigos. Iban patinando por la acera, riéndose, pasándoselo bien. Y mientras tanto yo estaba prisionera. Prisionera en mi propia

habitación.

Todo por culpa de Slappy.

Volví a mirar el armario. Había tirado el muñeco al fondo y lo había cerrado con llave. «Te voy a coger con las manos en la masa», pensé. Así demostraría que no estaba loca. «Me voy a quedar despierta toda la noche, todas las noches. Y en cuanto se te ocurra escaparte del armario, te seguiré y me encargaré de que todo el mundo te vea. Todos se enterarán de que el criminal eres tú.»

Estaba tan agobiada que no podía pensar con claridad, pero el hecho de tener un plan me hacía sentir mejor. Eché un último vistazo al armario y me senté a mi mesa a hacer los deberes.

Mis padres me dejaron salir para cenar. Papá había hecho hamburguesas en el jardín de atrás. Era la primera barbacoa de la primavera.

A mí me encantan las hamburguesas a la brasa, sobre todo cuando están totalmente chamuscadas, pero esa noche apenas pude saborear la comida.

Supongo que estaba demasiado nerviosa con mi plan para atrapar a Slappy.

Nadie dijo gran cosa. Mamá y papá estuvieron hablando todo el rato sobre el huerto que quería cultivar. Sara comentó un poco el mural que había comenzado a pintar en su habitación, y Jed se quejó varias veces de que se había hecho daño en la pierna patinando.

A mí nadie me dirigió la palabra. No hacían más que mirarme como si fuera un bicho raro en un zoo.

Yo me marché de la mesa antes del postre. Casi siempre me quedo levantada hasta las diez, pero ese día decidí meterme en la cama poco después de las nueve. Estaba totalmente despierta, deseando atrapar a Slappy.

Apagué la luz y me quedé mirando las cambiantes sombras del techo, esperando a que Slappy saliera a hurtadillas del armario.

Intenté por todos los medios no dormirme, pero al final caí muerta de sueño. De pronto me despertó un ruido. Levanté la cabeza, totalmente alerta, y me quedé escuchando. Era un rumor de pasos en la alfombra. Un escalofrío me recorrió la espalda y se me pusieron los pelos de punta.

Otro ruido. Muy cerca de mi cama.

Tendí la mano rápidamente y encendí la luz. Y solté un grito.

16

—¡Jed! ¿Qué estás haciendo tú aquí? —le chillé.

El me miró, parpadeando en mitad de la habitación. Tenía una pernera del pijama remangada y el pelo pegado a un lado de la cabeza.

—¿Qué haces en mi cuarto? —le pregunté sin aliento.

—Eh, ¿por qué me gritas? Tú me has llamado, Amy.

—¿Qué... qué dices?

—Que me has llamado. —Jed se frotó los ojos y bostezó—. Estaba dormido y me has despertado.

Me levanté de la cama con las piernas flojas y temblorosas. Jed me había dado un susto de muerte.

—Yo también estaba dormida —le dije—. No te he llamado.

—Sí que me has llamado. Me dijiste que viniera a tu habitación. —Se agachó para bajarse' la pernera del pantalón.

—Pero si me has despertado tú, Jed. ¿Cómo te iba a llamar?

Él se rascó la cabeza y volvió a bostezar.

—¿Quieres decir que lo he soñado?

Me lo quedé mirando.

—Jed, ¿no habrás entrado para hacer alguna de las tuyas? —pregunté muy seria.

Él puso cara de niño bueno.

—Contesta —insistí—. ¿Ibas al armario para hacer algo con Slappy?

—¡No! —Empezó a retroceder para salir de la habitación—. Te lo prometo, Amy. Pensé que me habías llamado, nada más.

Yo lo miré fijamente, intentando saber si me estaba diciendo la verdad. Barrí con la vista la habitación. Todo parecía en su sitio. Dennis yacía en la silla, con la cabeza en el regazo. El armario seguía cerrado.

—Habrás sido un sueño —dijo Jed—. Buenas noches, Amy.

—Buenas noches. Siento haberte gritado, Jed. He pasado un mal día.

Cuando mi hermano volvió a su dormitorio, el gato asomó la cabeza por la puerta. Sus ojos relucían como si fueran de oro.

—Vete a dormir, George —susurré—. Anda, vete a dormir. —El gato desapareció obediente.

Yo volví a acostarme y apagué la luz. Sí, estaba convencida de que Jed decía la verdad. Parecía tan confuso como yo.

De pronto noté que se me cerraban los párpados, como si pesaran una tonelada. Bostecé en voz alta. Tenía muchísimo sueño, y la almohada estaba tan caliente y blandita... Pero no podía quedarme dormida. Tenía que estar despierta, esperando a que Slappy hiciera algún movimiento.

No sé si volví a dormirme, pero lo cierto es que un chasquido me hizo abrir los ojos de golpe. Levanté la cabeza y vi que el armario empezaba a abrirse. La habitación estaba a oscuras. Por la ventana no entraba ninguna luz. La puerta del armario no era más que una sombra negra que se deslizaba lentamente.

Me martilleaba el corazón y tenía la boca completamente seca. La puerta seguía deslizándose. Sonó un crujido. Y entonces una sombra surgió detrás de la puerta. La miré fijamente en la oscuridad, sin mover un músculo.

Otro crujido.

La figura dio un paso en silencio y salió del armario. Dio un paso más, y otro. Estaba pasando junto a mi cama, en dirección a la puerta.

¡Era Slappy!

A pesar de la oscuridad veía su cabeza redonda, los delgados brazos colgando a los costados, las manos de madera oscilando. Los zapatos de cuero se deslizaban por la alfombra, y sus finas piernas parecían a punto de desplomarse a cada paso. Pensé horrorizada que caminaba como un espantapájaros porque no tenía huesos.

Todo su cuerpo se bamboleaba arriba y abajo.

Esperé hasta que hubo salido al pasillo. Entonces me levanté de un brinco, respiré hondo y contuve el aliento. Luego salí de puntillas detrás de él.

«¡Allá vamos! —me dije—. ¡Allá vamos.»

17

Me detuve un momento en la puerta y asomé la cabeza al pasillo. Mi madre siempre deja encendida una lamparita junto a su habitación. La tenue luz amarilla se extendía hasta el otro extremo del corredor.

Vi que Slappy avanzaba silenciosamente hacia el dormitorio de Sara, arrastrando sus zapatones por la alfombra. Todo su cuerpo se bamboleaba, y las enormes manos de madera casi daban con el suelo.

Cuando empezó a dolerme el pecho me di cuenta de que llevaba un buen rato sin respirar. Solté el aire, intentando no hacer ruido, y me puse a seguir a Slappy por el pasillo.

Tenía unas ganas locas de llamar a gritos a mis padres. Saldrían de la habitación y verían a Slappy en mitad del pasillo.

Pero no.

De momento no quería llamarlos. Me interesaba ver adonde se dirigía, cuáles eran sus intenciones.

Di un paso, y el suelo de madera crujió bajo mis pies descalzos. ¿Me habría oído? Me apoyé contra la pared, intentando fundirme con las sombras, y miré al muñeco bajo la tenue luz. Slappy seguía avanzando en silencio. Sus hombros subían y bajaban con cada paso.

Cuando estaba justo en la puerta de Sara, se volvió. Me dio un brinco el corazón. Me agaché y retrocedí hasta meterme en el cuarto de baño. ¿Me habría visto? ¿Se había dado la vuelta porque sabía que yo estaba allí? Cerré los ojos y me quedé escuchando.

Esperaba que se acercara, pero todo estaba en silencio. Tragué saliva. Tenía la boca seca y me temblaban tanto las piernas que tuve que agarrarme a la pared para recuperar el equilibrio. Hice acopio de valor y asomé la cabeza al pasillo, despacio, muy despacio.

Estaba desierto. Miré la puerta de Sara bajo la tenue luz. Tampoco había nadie. «Está en la habitación de Sara —me dije—. Estará haciendo algo terrible, y luego me echarán a mí la culpa.»

«¡Esta vez no, Slappy! —juré en silencio—. Esta vez te voy a atrapar.»

Seguí avanzando por el pasillo, siempre pegada a la pared, y me detuve en la puerta de Sara. La lamparita estaba enchufada frente a la habitación, y la luz era más fuerte. Me asomé y vi el mural que había empezado a pintar. Era una playa, una amplia playa de arena amarilla. En el aire se veían unas cometas, y en una esquina había unos niños construyendo un castillo de arena. El mural cubría casi toda la pared.

¿Dónde estaba Slappy? Di un paso dentro de la habitación... Y entonces lo vi. Estaba junto a la mesa de dibujo, trasteando con la mano entre las pinturas. Al final cogió un pincel y lo levantó como si quisiera pintar el aire. Luego lo mojó en un pote de pintura. Avanzó unos pasos hacia el mural y se quedó allí un instante, mirándolo. Alzó el pincel...

Y en ese momento irrumpí en la habitación y me lancé contra él.

Le cogí el pincel con una mano y con la otra le rodeé la cintura y tiré de él. El muñeco se puso a dar patadas mientras intentaba golpearme con los puños.

—¡Eh! —exclamó una voz sobresaltada.

De pronto se encendió la luz. Slappy yacía yerto en mis brazos, con la cabeza caída y los brazos y las piernas colgando. Sara estaba sentada en su cama y me miraba con horror. Vi que clavaba la vista en el pincel que yo tenía en la mano.

—¡Amy! ¿Qué haces? —Y sin esperar respuesta se puso a gritar—: ¡Mamá! ¡Papá! ¡Corred! ¡Ya está otra vez aquí!

18

Mi padre llegó primero, ajustándose los pantalones del pijama.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Mi madre venía justo detrás, bostezando.

—Yo... yo... le he quitado esto a Slappy —dije alzando el pincel —. Iba a destrozar el mural.

Mis padres se me quedaron mirando.

—Oí que Slappy se escapaba del armario —expliqué sin aliento —. Le seguí hasta la habitación de Sara y lo atrapé antes de... antes de que hiciera algo terrible. —Me volví hacia Sara—. Tú viste a Slappy, ¿verdad?

—Sí. —Sara seguía sentada en la cama, con los brazos cruzados —. Claro que veo a Slappy. Lo tienes en las manos.

El muñeco colgaba flácido de mi brazo. Su cabeza casi daba contra el suelo.

—¡No! —exclamé—. ¿No lo viste meterse en tu cuarto? ¿No encendiste la luz por eso?

Sara puso los ojos en blanco.

—Vi que tú entrabas en la habitación. Eres tú la que lleva al muñeco, Amy. El muñeco y el pincel.

—Pero... pero... pero...

Los fui mirando a todos. Ellos me contemplaban como si acabara de salir de un platillo volante. Nadie iba a creerme. Nadie.

Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, vi que mi madre colgaba el teléfono.

—¿Vas a ir al colegio en pantalones cortos? —me preguntó.

Yo llevaba unos pantalones cortos verde oliva y una camiseta roja sin mangas.

—Han dicho por la radio que iba a hacer calor —contesté.

Jed y Sara ya estaban en la mesa. Alzaron la vista de los cereales pero no dijeron nada. Yo me serví un zumo de uva. Soy la única de la familia a la que no le gusta el zumo de naranja. Supongo que soy un auténtico bicho raro.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —pregunté.

—Pues... con la secretaria de la doctora Palmer —me contestó ella vacilante mientras me bebía un largo trago de zumo—. Te ha quedado bigote —me dijo.

Me limpié la mancha de zumo con una servilleta.

—¿La doctora Palmer? ¿No es una psiquiatra?

Mi madre asintió.

—Quería concertar una cita para hoy mismo, pero no puede recibirte hasta el miércoles.

—¡Pero mamá...! —protesté.

Mi madre se llevó el dedo a la boca.

—Shhh. No quiero discusiones.

—Pero mamá...

—Nada de peros. Habla con ella aunque sólo sea una vez, Amy. A lo mejor te va bien. Tal vez te ayude.

—Sí, seguro —refunfuñé.

Me volví hacia Sara y Jed. Los dos tenían la vista fija en sus cereales. Suspiré y puse el vaso de zumo en el fregadero. Estaba claro lo que aquello significaba. Significaba que tenía hasta el miércoles para demostrar a mi familia que no me había vuelto majara.

En el colegio, a la hora del almuerzo, Margo me suplicó que le contara lo que me estaba sucediendo.

—¿Por qué te pasaste ayer todo el día encerrada en tu cuarto? —preguntó—. Venga, Amy, cuenta.

—Es una tontería —mentí.

Por nada del mundo le iba a contar la verdad. Lo único que me faltaba era que corriera por todo el colegio la historia de que Amy Kramer creía que su muñeco de madera estaba vivo. Sería el colmo que todos anduvieran cuchicheando y mirándome como hacía mi

familia.

—Mi padre quiere saber si cambiarás de opinión en lo de la fiesta de cumpleaños —dijo Margo—. Si quieres actuar con Slappy, puedes...

—No, olvídalo —la interrumpí—. He guardado a Slappy en el armario y se va a quedar allí encerrado para siempre.

Margo puso cara de asombro.

—Bueno, bueno, tampoco hace falta que muerdas.

—Lo siento, lo siento —me apresuré a disculparme—. Es que estoy un poco nerviosa. Toma, ¿lo quieres? —Le tendí el bizcocho de chocolate que me había puesto mi madre.

—Muchas gracias —aceptó sorprendida.

—Hasta luego. —Arrugué la bolsa del almuerzo, la tiré a la basura y me fui corriendo.

Esa noche, en mi habitación, no podía concentrarme en los deberes. No hacía más que mirar el calendario. Era lunes. Sólo tenía dos días para demostrar que no estaba loca, que era Slappy el que estaba cometiendo todas aquellas barbaridades.

Cerré bruscamente el libro de historia. Esa noche me resultaba imposible leer sobre el tiroteo en Fuerte Sumpter.

Estuve un rato paseando de un lado a otro de la habitación, pensando. Pero por más vueltas que le daba no llegaba a ninguna parte. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? La cabeza estaba a punto de explotarme. Me tiré del pelo con las manos.

—¡Aaaaah! —Lancé un grito de rabia, de furia, de impotencia.

Quizá lo mejor sería deshacerme de Slappy. Podía sacarlo y tirarlo a la basura. Eso pondría fin a todo el problema.

La idea me hizo sentir algo mejor. Fui hacia el armario, pero me quedé petrificada al ver que la puerta se abría lentamente, hasta que de pronto salió Slappy. Avanzó unos pasos a trompicones y se detuvo delante de mí. Me fulminó con la mirada y pareció que sonreía.

—Amy —dijo con voz ronca—. Es hora de que tengamos una pequeña charla.

19

—Ahora tú eres mi esclava, Amy —me dijo Slappy con una voz áspera y ronca, una voz siniestra que me hizo estremecer hasta los huesos.

Me lo quedé mirando sin poder decir palabra. No conseguía apartar la vista de sus vidriosos ojos azules, de aquella sonrisa de labios rojos.

—Leíste las palabras ancestrales que me dan vida —prosiguió el muñeco—. Y ahora tendrás que servirme. Harás todo lo que te diga.

—¡No! ¡No! Por favor...

—¡Sí! —gritó él, haciendo el movimiento de asentir con su cabeza de madera—. Sí, Amy. ¡Ahora eres mi esclava! ¡Mi esclava para siempre! ¡Para siempre!

—N-ni hablar. No puedes obligarme... —Se me quedó atascada la voz en la garganta. Me temblaban las piernas como si fueran de goma. Me fallaron las rodillas y estuve a punto de caerme.

Slappy me cogió de la muñeca. Sentí en la piel sus fríos dedos de madera.

—De ahora en adelante harás lo que yo te diga. Si no...

—¡Suéltame! —grité. Tiré para zafarme de él, pero me tenía cogida con mucha fuerza—. ¿Si no qué?

—Si no destrozaré el mural de tu hermana —replicó Slappy sonriendo siniestramente y sin apartar sus fríos ojos de los míos.

—Pues vaya cosa —repliqué—. ¿De verdad crees que voy a ser tu esclava para que no destroces el mural? Si ya te has cargado su habitación, ¿no? Eso no significa que vaya a ser tu esclava.

—Seguiré destrozando cosas. —Slappy me cogió con más fuerza y me acercó a él de un tirón—. A lo mejor empiezo a romper también las cosas de tu hermano. Y la culpa te la echarán a ti, Amy. Te echarán la culpa de todo.

—¡Basta! —grité, retorciéndome para soltarme.

—Tus padres están muy preocupados por ti, ¿verdad, Amy? —me dijo el muñeco con su voz áspera y fría—. Tus padres creen que estás loca.

—¡Suelta! Por favor... —supliqué.

—¿Qué crees que harán cuando empieces a destroz todo lo que hay en la casa? ¿Qué te harán, Amy?

—¡Escúchame! —chillé—. No puedes...

Slappy me sacudió fuertemente del brazo.

—¡Te echarán de casa! —Los ojos le llameaban—. Eso es lo que harán. Te enviarán a otra parte y no volverás a verlos nunca más... ¡Salvo en los días de visita!

Eché atrás la cabeza y lanzó una risa chillona. Un gemido de espanto escapó de mi garganta y todo el cuerpo se me estremeció de terror. Slappy volvió a acercarme a él.

—Serás una esclava excelente —me susurró al oído—. Tú y yo pasaremos muchos años juntos. Me dedicarás toda tu vida.

—¡No! ¡No!

Respiré hondo y sacudí el brazo con todas mis fuerzas, cogiendo a Slappy por sorpresa. Antes de que pudiera soltarme la muñeca había perdido el equilibrio. Gruñó al ver que lo levantaba del suelo.

«No es más que un muñeco —me dije—. Sólo un muñeco, puedo vencerle, puedo acabar con él.»

Slappy me soltó la muñeca. Yo me agaché, le cogí el brazo con las dos manos y lo tiré por encima de mi hombro. Aterrizó de bruces y su cabeza golpeó el suelo con un fuerte clonk. Entonces me lancé sobre él, jadeando y con el corazón acelerado.

«Podré con él. Podré derrotarlo.»

Intenté inmovilizarlo en el suelo con las rodillas, pero él se zafó y se levantó a una velocidad increíble. Pintonees me lanzó un puñetazo con su mano de madera. Yo grité e intenté esquivarlo, pero no fui bastante rápida. El duro puño me dio justo en la frente. Me pareció que me explotaba la cara, y el dolor me recorrió todo el

cuerpo.

Lo vi todo rojo. Me llevé las manos a la cabeza y me desplomé en el suelo.

20

«Puedo con él. Puedo derrotarlo.»

Las palabras se repetían en mi cabeza. Intenté incorporarme, parpadeando. Me negaba a darme por vencida. A través de una neblina roja levanté las dos manos y cogí a Slappy por la cintura. Lo tiré al suelo, sin hacer caso del dolor palpitante que me martilleaba la frente. Él pataleaba y agitaba los brazos violentamente. Intentó darme otro puñetazo, pero yo lo dejé clavado en el suelo poniéndole una rodilla en la espalda.

Luego le cogí los brazos con las manos y se los inmovilicé también.

—¡Suéltame, esclava! —chilló él—. ¡Te ordeno que me sueltes!

No dejaba de retorcerse y agitarse, pero yo le sujetaba con fuerza. Movía los ojos como un loco de un lado a otro y abría y cerraba la boca mientras intentaba zafarse.

—¡Te ordeno que me sueltes, esclava! ¡No tienes elección! ¡Obedéceme!

Le puse los brazos a la espalda y me levanté, pasando de sus chillidos. Él intentó darme patadas, pero yo le solté los brazos y le cogí las piernas. Lo puse cabeza abajo y volvió a golpearse con un fuerte clonk, pero no parecía que se hiciera ningún daño.

—¡Suelta! ¡Suéltame, esclava! ¡Me las pagarás! —No dejaba de gritar y protestar, retorciéndose y agitando los brazos.

Yo lo arrastré por la alfombra, jadeando, y lo tiré en el armario. Él se agachó rápidamente, intentando escapar, pero yo le cerré la puerta en las narices y eché la llave.

Me apoyé contra el armario, e intenté tranquilizarme para recuperar el aliento.

—¡Sácame de aquí! ¡No puedes tenerme encerrado! —exclamó furioso.

Empezó a aporrear la puerta y a dar patadas.

—¡La romperé! ¡Romperé la puerta! —amenazó, dando golpes cada vez más fuertes con sus manazas de madera.

Entonces vi que la puerta empezaba a ceder. «¡La va a romper! —pensé—. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» Intenté no sucumbir al pánico y me esforcé por pensar con claridad.

Slappy seguía aporreando la puerta.

Me di cuenta de que necesitaba ayuda y salí corriendo al pasillo. Vi que mis padres tenían cerrada su habitación. ¿Debería despertarlos? No, no me creerían. Si les hacía venir a mi cuarto, encontrarían a Slappy tirado sin vida en el suelo del armario y se quedarían todavía más preocupados.

«Sara —pensé—. Tal vez pueda convencer a Sara. Ella me escuchará.»

Su puerta estaba abierta. Mi hermana se encontraba con el pincel en la mano, aplicando pintura amarilla en la playa. Al verme irrumpir en su habitación se dio media vuelta y puso cara de rabia.

—¡Amy! ¿Qué quieres ahora?

—¡Tienes que creerme! —exclamé—. ¡Necesito ayuda! Yo no he hecho todas esas barbaridades. De verdad, Sara. Fue Slappy. ¡Créeme, por favor! ¡Fue Slappy!

—Sí, ya lo sé —contestó ella con toda tranquilidad.

21

—¿Eh? —Me la quedé mirando atónita, con la boca abierta—. ¿Qué has dicho?

Sara dejó el pincel y se limpió las manos en la bata gris.

—Amy, sé que ha sido Slappy.

—Pero... pero... pero... —Estaba tan pasmada que no podía ni hablar—. Pero tú...

—Lo siento. ¡Lo siento muchísimo! —exclamó ella. Vino corriendo y me abrazó con fuerza.

A mí me daba vueltas la cabeza y seguía sin entender nada. La aparté con suavidad.

—¿Todo este tiempo lo has sabido? —pregunté—. ¿Siempre has sabido que fue Slappy y no yo?

Sara asintió.

—La otra noche me desperté al oír un ruido en el cuarto. Me hice la dormida, pero tenía los ojos un poco abiertos.

—¿Y...?

—Pues que vi a Slappy —confesó Sara, bajando la vista—. Llevaba un pincel rojo, y le vi pintar AMY AMY AMY AMY en las paredes.

—¿Y por qué no se lo dijiste a papá y mamá? —pregunté—. ¡Les hiciste creer que había sido yo! ¡Y tú sabías la verdad!

Sara no levantaba la vista del suelo. Con un rápido y nervioso gesto de la mano se apartó el pelo que le caía por la cara.

—No... no quería creerlo —respondió—. No quería creer que un muñeco puede andar, puede estar... vivo.

—¿Y...?

—Y te acusé —concluyó mi hermana con un sollozo—. Supongo que la verdad me daba demasiado miedo. Tenía mucho miedo, Amy. Quería creer que eras tú la que hacías esas cosas tan horribles. Quería olvidar que había sido el muñeco.

—Querías que tuviera problemas —la acusé—. Por eso lo hiciste, Sara, por eso mentiste a papá y mamá.

Sara levantó por fin la vista. Dos lágrimas caían por sus mejillas.

—Sí, puede ser —murmuró.

Se enjugó las lágrimas con las manos y me miró fijamente con sus ojos verdes.

—Puede que te tenga un poco de envidia.

—¿Eh? —Volví a quedarme con la boca abierta. La miré de reojo, sin entender muy bien lo que decía—. ¿Tú? —exclamé—. ¿Que tú me tienes envidia a mí?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, un poco. Para ti todo es muy fácil, eres muy tranquila. A todo el mundo le gusta tu sentido del humor. Para mí es muy diferente —explicó mi hermana—. Yo tengo que pintar para que se fijen en mí.

Abrí la boca pero no me salió ni una palabra. Aquélla era la sorpresa más grande de mi vida. ¿Sara celosa de mí? ¿Pero es que no sabía lo celosa que estaba yo de ella?

De pronto sentí algo muy raro en el pecho. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Me inundó una emoción muy fuerte, como una ola del mar. Me arrojé en brazos de Sara y, sin saber por qué, las dos nos echamos a reír. No puedo explicarlo, pero nos quedamos en mitad de la habitación, riendo como locas. Supongo que estábamos contentas porque al fin había salido a relucir la verdad.

Pero entonces me vino a la mente la cara pintada de Slappy y recordé con un escalofrío por qué había ido a ver a mi hermana.

—Tienes que ayudarme —le dije—. Ahora mismo.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Sara.

—¿A qué? —quiso saber.

—Tenemos que librarnos de Slappy. Hay que acabar con él para siempre.

La cogí de la mano y tiré de ella por el pasillo.

—Pero ¿cómo? —preguntó.

Al entrar en mi habitación lanzamos un grito. Oímos un último golpe... y la puerta del armario se abrió de pronto.

Slappy salió con los ojos enloquecidos de rabia.

—¿Sabéis qué, esclavas? —dijo con su voz ronca—. ¡Slappy ha vencido!

22

—¡Cógelo! —le grité a Sara.

Yo me lancé desesperada hacia el muñeco, pero Slappy saltó hacia un lado y se me escapó. Sus ojos llameaban de excitación y sus labios rojos se torcían en una siniestra sonrisa.

—¡Rendíos, esclavas! ¡Rendíos! ¡No podéis conmigo!

Sara retrocedió, agarrándose con las manos al marco de la puerta. El miedo se reflejaba en sus ojos. Yo intenté atrapar a Slappy de nuevo, pero volví a fallar.

—¡Sara, ayúdame!

Mi hermana avanzó un paso. Yo me lancé otra vez hacia el muñeco y le cogí un tobillo. Él se zafó con un gruñido, salió disparado hacia la puerta y se estrelló contra Sara.

Los dos quedaron aturcidos por el golpe.

Sara retrocedió a trompicones y Slappy se tambaleó. Yo aproveché la ocasión. Me tiré contra él, le cogí los brazos y se los inmovilicé a la espalda. Él se retorció y se agitaba, dando patadas como un loco. Pero Sara le cogió por los zapatos.

—¡Hazle un nudo! —gritó mi hermana sin aliento.

Slappy no dejaba de patear y retorcerse, pero nosotras le agarrábamos con fuerza. Le retorcí varias veces los brazos a la espalda y luego les hice un nudo lo más fuerte que pude.

Slappy seguía pateando y retorciéndose. Lanzaba gruñidos, y sus mandíbulas de madera crujían siniestramente.

Quando levanté la vista después de terminar de hacerle un nudo en los brazos, vi que Sara también le había anudado las piernas.

Slappy echó atrás la cabeza y lanzó un rugido de rabia, poniendo los ojos en blanco.

—¡Dejadme, esclavas! ¡Soltadme ahora mismo!

Con una mano cogí un puñado de pañuelos de mi mesilla de noche y se los metí en la boca. Él protestó con un gruñido, pero enseguida se quedó en silencio.

—¿Y ahora qué? —exclamó Sara sin aliento—. ¿Dónde lo metemos?

Barrí la habitación con la vista. No, no quería tenerlo allí, no quería tenerlo dentro de casa.

—Fuera —dije, sosteniendo los brazos del muñeco con una mano—. Vamos a sacarlo.

Sara le agarró por las piernas para que no se soltara y echó un vistazo al reloj.

—Son más de las once. ¿Y si mamá y papá nos oyen?

—¡Me da igual! —grité—. ¡Deprisa! ¡Hay que sacarlo de aquí! ¡No quiero volver a verlo nunca más!

Sacamos a Slappy al pasillo. La puerta de la habitación de mis padres seguía cerrada. «Bien —pensé—. Así no nos oirán.»

El muñeco había dejado de luchar y retorcerse. Yo creo que estaba esperando a ver qué hacíamos con él. Los pañuelos de papel habían apagado sus gritos.

Yo no sabía adonde llevarlo. Lo que estaba claro es que no lo quería en mi casa.

Atravesamos con él el salón a oscuras y salimos por la puerta. Era una noche cálida y pegajosa, más propia del verano que de la primavera. Una pálida media luna colgaba en el cielo negro. No había ninguna brisa. No se oía ni un ruido. Nada se movía.

Sara y yo llevamos al muñeco hasta el camino particular de la casa.

—¿Nos lo llevamos a alguna parte con las bicis? —sugirió mi hermana.

—¿Cómo vamos a llevarlo entre las dos? Además, está demasiado oscuro. Sería muy peligroso. No, vamos a alejarnos un poco y lo tiramos en cualquier parte.

—¿En un cubo de basura? —me preguntó Sara.

—Sí. Ese es su sitio. La basura.

Por suerte el muñeco no pesaba nada. Lo llevamos sin dificultad hasta el final de la manzana. Slappy seguía yerto, con los ojos en blanco. A llegar a la esquina vi dos luces que se acercaban. Eran los faros de un coche.

—Deprisa —susurré.

Nos escondimos detrás de un seto, justo a tiempo. El coche pasó de largo sin aminorar la velocidad. Estuvimos esperando hasta que desapareció a lo lejos el resplandor rojo de sus luces traseras y luego seguimos andando por la acera, con el muñeco entre las dos.

—Oye, ¿y allí? —Sara señalaba con una mano una hilera de cubos metálicos de basura que estaban frente a una oscura casa, al otro lado de la calle.

—Muy bien —dije—. Lo tiramos a un cubo y cerramos la tapa. Ya se lo llevarán mañana los basureros.

Empezamos a cruzar la calle, pero de repente me detuve.

—Espera, Sara —susurré—. Se me ha ocurrido una cosa mejor.

Arrastré a Slappy hasta la esquina y señalé la tapa de una alcantarilla.

—¿A la alcantarilla? —preguntó Sara.

—Sí, es el mejor sitio. —A través de las rejas se oía el ruido del agua muy abajo—. Venga, vamos a tirarlo.

Slappy no se movió ni protestó. Le bajé la cabeza hacia la abertura y entre las dos lo metimos dentro a empujones, sin que él se resistiera ni protestara siquiera. Cuando cayó, oí un chapoteo y un fuerte golpe. Sara y yo nos quedamos escuchando. Silencio. Sólo nos llegaba el suave rumor del agua.

Mi hermana y yo sonreímos y volvimos corriendo a casa. Yo iba tan contenta que fui dando brincos todo el camino.

Al día siguiente Sara y yo bajamos juntas a desayunar. Mi madre estaba en el mostrador, sirviéndose un café. Jed ya estaba sentado a la mesa, dando cuenta de los cereales.

—¿Qué está haciendo aquí? —Mi hermano señaló al otro lado de la mesa.

Era Slappy, sentado en la silla.

23

Sara y yo nos quedamos sin respiración.

—Sí, ¿qué hace aquí el muñeco? —me preguntó mi madre—. Me lo he encontrado al bajar esta mañana. ¿Y por qué está tan sucio? ¿Dónde lo has metido, Amy?

Yo apenas podía ni hablar.

—Pues... esto... Supongo que se habrá caído —conseguí decir por fin.

—Bueno, pues llévatelo arriba. ¿No tenía que estar guardado en el armario?

—Eh... sí, sí —respondí con un suspiro.

—Luego tendrás que limpiarlo —dijo mi madre—. Parece como si se hubiera estado revolcando en el barro.

—Bueno —contesté débilmente.

Me eché a Slappy al hombro y me volví para ir a mi habitación.

—Oye... esto... voy contigo —dijo insegura mi hermana.

—¿Para qué? —quiso saber mi madre—. Siéntate a desayunar, Sara. Vais a llegar tarde.

Sara se sentó obedientemente enfrente de Jed y yo eché a andar por el pasillo. Cuando estaba a medio camino, Slappy alzó la cabeza y me susurró al oído:

—Buenos días, esclava. ¿Has dormido bien?

Cuando entré en mi habitación lo tiré en el armario y cerré con llave. Oí su risa diabólica al otro lado de la puerta, y un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

«¿Qué voy a hacer ahora —me pregunté—. ¿Qué puedo hacer

para librarme de él?»

El día pasó muy lentamente. Creo que no oí ni una palabra de lo que dijo la profesora. No podía quitarme de la cabeza la siniestra cara de Slappy. Su voz áspera y ronca todavía resonaba en mis oídos. «¡Nunca seré tu esclava! —me juré en silencio—. ¡Te voy a sacar de mi casa y de mi vida aunque sea lo último que haga en este mundo!»

Esa noche me quedé despierta en la cama. ¿Cómo iba a dormir, sabiendo que el diabólico muñeco estaba sentado en el armario, tan cerca de mí?

Hacía una noche cálida, sofocante. Había abierto la ventana del todo, pero no corría ni una pizca de aire. Mientras miraba las sombras cambiantes del techo, una mosca zumbó junto a mi cabeza. La primera mosca de la primavera. Me la aparté con una mano. En cuanto desapareció el zumbido, se oyó un chasquido.

La puerta del armario se estaba abriendo.

Me incorporé y escudriñé la oscuridad. Slappy estaba saliendo del armario. Dio unos pasos vacilantes. Sus zapatones se deslizaban en silencio por la alfombra. De pronto se dio la vuelta.

¿Venía hacia mi cama? No, siguió avanzando hacia la puerta. Los hombros y la cabeza oscilaban con cada paso. Yo sabía que iba a la habitación de Sara. ¿Qué iría a hacer allí? ¿Pensaba vengarse de nosotras por lo que le habíamos hecho la noche anterior? ¿Qué nuevo horror se le habría ocurrido?

Me levanté en silencio de la cama y lo seguí al pasillo.

24

Mis ojos se acostumbraron rápidamente a la tenue luz amarilla de la lamparita de noche al otro extremo del corredor. Vi que Slappy se acercaba a la habitación de mi hermana, silencioso como una sombra.

Yo lo seguí, pegada a la pared, conteniendo la respiración.

Pero al ver que entraba en la habitación de Sara, eché a correr.

Llegué justo a tiempo de verle coger un enorme pincel de la mesa y dar un paso hacia la pintura de mi hermana.

En ese momento una pequeña figura salió de un brinco de la oscuridad y las luces se encendieron.

—¡Dennis! —exclamé.

—¡Atrás! —ordenó Dennis con voz chillona. Entonces bajó la cabeza y se lanzó contra Slappy.

Sara se incorporó en la cama con un grito de miedo. Yo vi la expresión estupefacta de Slappy, justo antes de que Dennis se estrellara de cabeza contra él.

—¡Uuuuuf! —resolló Slappy. Se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Un fuerte clonk resonó en la habitación. El muñeco se había golpeado con el poste de hierro de la cama de Sara.

Me quedé mirando sin aliento, con las manos en las mejillas. La cabeza de madera se rompió por la mitad. El muñeco movía los ojos desencajados en todas direcciones. Los labios rojos crujieron y se despegaron de la cara. La cabeza cayó al suelo en dos pedazos y el cuerpo quedó hecho un guiñapo junto a ella.

Con las manos aún en las mejillas y el corazón desbocado, entré

del todo en la habitación. Dennis pasó corriendo a mi lado y salió al pasillo, pero yo sólo tenía ojos para la cabeza partida de Slappy. Vi horrorizada que un enorme gusano salía reptando de uno de los trozos. El gusano se arrastró hasta la pared y desapareció por una grieta.

Sara salió de la cama, jadeando y con la cara desencajada.

En ese momento se abrió la puerta del armario y aparecieron mis padres.

—Niñas, ¿estáis bien? —exclamó papá.

Las dos asentimos sin decir nada.

—¡Lo hemos visto todo! —añadió mi madre, que vino corriendo a abrazarme—. Amy, lo siento mucho, de verdad. Perdónanos. Teníamos que haberte creído. Perdona que no te creyéramos.

—¡Ahora sí que te creemos! —dijo mi padre, mirando la cabeza rota de Slappy—. ¡Lo hemos visto todo!

Lo habíamos planeado muy bien. Sara y yo estuvimos preparándolo todo antes de cenar.

Mi hermana convenció a mis padres para que se escondieran en el armario. Ellos estaban tan preocupados por mi extraño comportamiento que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa. Luego Sara hizo como que se iba a dormir. Yo dejé mi armario abierto para que Slappy pudiera salir con facilidad. Sabía que el muñeco iría a la habitación de Sara y que mis padres lo verían por fin. Así les demostraría que no estaba loca.

Luego Jed irrumpiría en la habitación vestido como Dennis, con la cabeza del muñeco metida por dentro de su suéter. Sabíamos que eso desconcertaría a Slappy y nos daría la oportunidad de atraparlo. Lo que no sabíamos era que Jed lo haría tan bien. No sabíamos que terminaría por destruir al malvado muñeco. No sabíamos que Slappy se partiría la cabeza. Había sido cuestión de suerte.

—¿Dónde está Jed? —pregunté de pronto, buscándolo con la vista por la habitación.

—¡Jed! ¡Jed! —le llamó mi madre—. ¿Dónde estás? ¡Lo has hecho muy bien!

No hubo respuesta. No había ni rastro de mi hermano.

—Qué raro —murmuró Sara, moviendo la cabeza.

Fuimos todos en tropel a la habitación de Jed y lo encontramos

en su cama, profundamente dormido. Entonces levantó la cabeza de la almohada, soñoliento, y nos miró con los ojos entornados.

—¿Qué hora es? —nos preguntó adormilado.

—Casi las once —dijo mi padre.

—¡Oh, no! —exclamó Jed, incorporándose—. ¡Lo siento! ¡Se me ha olvidado levantarme! ¡Se me ha olvidado que tenía que vestirme como Dennis!

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me volví hacia mis padres.

—Entonces, ¿quién ha acabado con Slappy? —pregunté—. ¿Quién ha acabado con él?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.